

5

DE LA HISTORIA DE CANARIAS

Desde las primeras noticias de las islas hasta la conquista de Tenerife

630183

DE LA HISTORIA DE CANARIAS

Desde las primeras noticias de las islas hasta la conquista de Tenerife

DEDICATORIA

*A todos los canarios y
aquellos que, sin serlo, admiraron
a este Archipiélago Afortunado*

EL AUTOR,



R.86

COLECCION "LECTURAS CANARIAS"
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1969

*Portada y contraportada
originales de Constantino Sánchez*

*Es propiedad del autor.
2.000 ejemplares la presente
edición.
Queda hecho el depósito que
marca la Ley.*

Depósito Legal O. C. 490/1968

Tipografía Offset BABON - Viera y Clavijo, 32. - Las Palmas de Gran Canaria

DE LA HISTORIA DE CANARIAS

Desde las primeras noticias de las islas hasta la
conquista de Tenerife

«Entre la diversidad de objetos que a los escritores suelen atraer al trabajo de sus obras, elegí solo ver la diversidad y variación entre tantos y tan graves autores de materias tocantes a estas islas».

Fr. J. de Abreu Galindo

POSIBLES ORIGENES DE LAS ISLAS CANARIAS

Todavía no se han podido establecer con certeza tanto los orígenes del archipiélago canario como el tiempo que con su configuración actual, llevan asomando minúsculas estas islas en la inmensidad del océano Atlántico.

En cuanto a su formación existen varias hipótesis. Una —discutida desde que se comenzó a especular sobre el origen del Archipiélago—, es la que define a las islas como restos de la fabulosa Atlántida desaparecida en medio de los mares a causa de gigantesco ca-

ismo, que mencionó Platón en sus *Críticas*, aseguranse que fueron las cimas de las más altas montañas de aquel sumergido continente. Otra hipótesis defiende la teoría de que el archipiélago canario es una prolongación submarina de la cordillera del Atlas/y que lentamente se fue «desprendiendo del continente africano en una época relativamente reciente», como si se tratase de un manojó de astillas.

No obstante, la teoría más extendida y científicamente estudiada es la que considera a las islas Canarias como grandes exponentes de erupciones volcánicas submarinas, convulsiones terrestres internas acaecidas hace miles de años; volcanes que, en sucesivas manifestaciones, surgieron de los abismos oceánicos y al apacarse su furor ígneo formaron las islas que, tras miles de erosiones, han quedado en el estado y configuración actuales. Recientemente se manifestó que las islas todas, tanto mayores como menores, son cual molinos y aún hongos sobre una meseta o plataforma submarina que no ha sido todavía suficientemente reconocida y estudiada.

Hay teorías minoritarias que hablan de islas basálticas, tráfugas, invisibles...



CONOCIMIENTOS DE LAS CANARIAS EN LA ANTIGUEDAD

Merced a relatos contenidos en antiqúisimos manuscritos, que han llegado hasta nosotros a través de sucesivas copias, se sabe que las islas Canarias fueron conocidas por civilizaciones ya desaparecidas. Estuvieron mencionadas en confusas leyendas de sacerdotes egipcios, de navegantes fenicios y persas, de comerciantes etruscos y pelagosos... Y los escritores griegos y romanos mantuvieron vivo el recuerdo de las islas, llamándolas indistintamente *Jardín de las Hespérides*, *Campos Elíscos* e *Islas Afortunadas*. Mas su fama aparecía y desaparecía constantemente, al compás de las pretéritas civilizaciones.

La primera noticia, en que con cierta lógica se habla de las islas Canarias, aparece en una crónica de un viaje fenicio alrededor del Africa, la Libia de la antigüedad. Dicho periplo fue realizado según órdenes de Neca o Nechao, que reinó en Egipto por el año 662 antes de Jesucristo, y es Herodoto, famoso historiador griego, quien nos comunica y da como verosímil tan largo y arriesgado viaje, pues aquellos audaces navegantes decían que hubo una etapa en que tuvieron el sol a su derecha. Si costearon todo el Africa desde el Mediterráneo hasta el Mar Rojo, lógico es suponer que conocieron el archipiélago Afortunado.

El mismo *Padre de la Historia* nos habla de otro viaje alrededor del Africa realizado por los persas.

Los poeta fenicios hicieron repetidas menciones a unas *Islas de los Bienaventurados*. Tanto los fenicios, como sus rivales los cartagineses conocían la púrpura y comerciaban con ella. A las islas se las conoció también con el nombre de *Purpurinas* y recientemente, recientes hallazgos de utensilios fenicios en aguas de Lanzarote, confirman los viajes de aquel pueblo a las Canarias.

Plinio el Viejo, sabio naturalista, escribió una *Historia Naturalis*. En esta recopilación inmensa, de más de dos mil obras precedentes, habla acerca de un viaje mandado realizar, en tiempos de Octavio de Roma, por Juba, rey de la Mauritania, para conocer la extensión de sus dominios y con qué países y pueblos colindaba. Parece ser que los hombres de este rey estuvieron en el archipiélago canario, pues Plinio escribió: «La primera isla del archipiélago, llamada *Qmbrios*, no ofrece vestigio alguno de edificios: tiene en sus montañas una laguna y árboles semejantes a cañahejas, de las cuales se extrae un licor, amargo en los que aparecen de color negro y agradable al paladar en los que muestran el color blanco. Llámase otra isla *Junonia* y en ella se ve un pequeño templo de piedra. Junto a ésta hay otra del mismo nombre, pero de menos dimensiones. Viene enseguida *Capraria*, poblada de grandes laurelitos; y a la vista de ambas se alza *Nivaria* que lleva

De la Historia de Canarias

este nombre por sus muchas nieblas y perpetuas nieves. Sigue luego Canaria, llamada así por sus perros de gran tamaño, de los que fueron enviados dos a Juba; se encuentran en ella vestigios de edificios. Abunda el archipiélago en árboles frutales y en diversas especies de aves. Las palmeras y los pinos con sus dátiles y piñones abundan también en Canaria. Hay mucha miel y se hallan en sus riachuelos el papiro y el esturión. La atmósfera de estas islas se infecta con la putrefacción de los animales muertos que el mar arroja de continuo en sus playas».

Después de estas noticias de Plinio es cuando comenzó a conocer a las islas con el nombre de Canarias, extensivo al archipiélago. Algunos historiadores quieren sacar este nombre latino de *canha* o *caña*, las que dicen abundaban mucho en las islas.

Estacio Seboso, Estrabón y Pomponio Mela, como Ptolomeo en su *Geografía*, continuaron escribiendo sobre las Afortunadas, siguiendo en líneas generales a Plinio.



EYENDAS CRISTIANAS Y ARABES

SOBRE LAS CANARIAS

Con la caída del Imperio Romano advinieron siglos de completa ignorancia de las islas Canarias. Y algún historiador de la primera época cristiana las menciona, es para copiar a los latinos, sin aportar noticias dignas de crédito cuando no se confunde lamentablemente situándolas cercanas a Portugal o a las costas gallegas y aún mezclándolas con las islas Británicas.

En aquel período de leyenda, que suplió a la historia, vinieron los santos y los misioneros con sus fantásticos milagros a ocupar el sitio de los dioses de la mitología y el de los héroes de fábula. El afán de aumentar el catálogo del martirologio cristiano y el deseo de probar que todas las comarcas de la tierra habían recibido el Evangelio, movió sin duda a algunos escritores piadosos a dar fácil crédito a las invenciones que el vulgo recogía.

Han aparecido diversas crónicas cristianas, en las que se hace mención de las *Islas de los Bienaventurados* y en donde por primera vez aparece el mito de la Isla de San Borondón. La crónica de San Avito, desconocido mártir del siglo II, dice que, después de re-

correr el santo la Bética, se embarcó en una nave que iba a las islas cercanas a la costa mauritana y que llegó a Canaria, desembarcando por Arguineguín, y dijo su primera misa en una cueva, donde posteriormente veneró a Santa Agueda. Estuvo varios años en la isla haciendo muchas conversiones y adquiriendo tanto crédito entre los naturales que se atrajo el odio de los poderosos y fue muerto en medio de crueles tormentos martirizantes.

La crónica de San Barinto habla de un viaje realizado a la *Isla de Promisión de los Bienaventurados* que era una isla maravillosa en la cual había un río que la separaba en dos partes y que el santo no pudo cruzar pues se trataba, nada menos, que de la Puerta del Paraíso.

El monje irlandés San Borondón también visitó las islas y la relación de su viaje la hace San Maclovi siguiendo el original de algún escritor latino y se cuenta asimismo aquel estupendo suceso en el que el santo y sus acompañantes desembarcaron en un árido islote para celebrar la Pascua de Resurrección y el islote comenzó a moverse, teniendo que huir de él precipitadamente cuando los viajeros descubrieron que aquello que tomaran por lisa roca era el lomo de una gran ballena. Y San Borondón con sus compañeros estuvo también en la isla descrita en la crónica de San Barinto que bien pudiera ser la fantástica que hoy se conoce sin existir.

Martín Beháin, el cosmógrafo y navegante alemán, cuenta de unos godos cristianos que, huyendo de la invasión árabe, salieron de Oporto y se adentraron en el océano hasta unas remotas islas que denominaron *Septem insule* o *Antilia*. Es de suponer que fuesen las actuales islas Antillas, aunque algunos historiadores, alendo las enormes distancias a recorrer, quieren suponer a las islas Canarias como el punto de arribo de aquella expedición cristiana.

Pudiera haber algo de verdad en las crónicas que mencionan reiteradas visitas al archipiélago en aquellos primeros siglos de la Era Cristiana, aunque no hayan parecido documentos fehacientes que lo precisen.

En el año 999 de nuestra Era, el capitán árabe Ben Farrouch, oyendo rumores acerca de la existencia de unas islas llamadas *Afortunadas* o *De los Bienaventurados*, que emergían en el océano más allá de los montes Atlas, decidió visitarlas y tras varios días de riesgosa navegación llegó a la isla Canaria, echando ancla en la bahía de Gando, dando a este paraje su actual nombre, según se dice.

Parece ser que hubo de atravesar la isla de parte a parte dificultosamente pues se hallaba por completo cubierta de enmarañados bosques. Canaria estaba habitada; y el capitán árabe llegó a hablar con el rey de la que se llamaba Guanariga y vivía en Gáldar.

También reconoció Ben Farrouch a Tenerife, que tocaba a las nubes» y estaba dividida en quince

distritos subordinados a un solo jefe. Visitó así mismo La Palma, Gomera, Hierro y por último Lanzarote y Fueneventura, frente a las costas de la Berbería.

El escritor árabe El Idrisi, habla en sus crónicas extensamente de las islas, describiendo la expedición éllas realizada por los Magruines, que eran unos árabes de Lisboa con deseos de aventuras.

Los árabes llamaron a las islas Canarias: *Al-Kaladat* que quería decir *Eternas*, copiando generalmente de anteriores civilizaciones y dejándose llevar mucho por la imaginación.

3

ANCELOT DE MALOISEL

Con sus arriesgados viajes hasta el exótico Oriente, familia del genovés Marco Polo, había abierto las puertas del *País de las Especies*, de las ignotas *Catay* y *Cipango*. Mas el camino que allá conducía, a través de Europa y Asia, era dilatadísimo y estaba constantemente erizado de peligros. Otros audaces aventureros buscaban nuevas rutas que entrañasen menores riesgos; fueron varios marinos los que intentaron rodear el África bajando hacia el Sur.

Los Vivaldi, mercaderes genoveses, realizaron, por lo menos, dos expediciones por el Atlántico, costeando el continente africano, en demanda de aquellas necesarias nuevas rutas. La primera expedición partió del Mediterráneo allá por el año 1285 y nunca más se supo de ella con certeza. La segunda fue encaminada más allá en para saber del paradero de quienes la precedieran, también con la finalidad de localizar un supuesto reino cristiano en el África ignota, gobernado por el mítico *Preste Juan*. Llegaron a la Guinea y el Senegal en lo que concierne a las islas Canarias, se supone que al cruzar entre ellas y la Berbería, las descubriesen y allí aborasen en alguna de sus playas.

Esta u otras parecidas expediciones llevaron a Europa noticias del archipiélago, dándolo como recién descubierto.

De la Historia de Canarias

Otro mercader y marino de origen genovés, Lancelot de Maloisel, en el año 1312 posiblemente, desembarcó en la isla conocida en la antigüedad como Pluitana; a esta isla dio su nombre, llamándose desde entonces *Lenzarote*. Edificó una fortaleza o factoría que casi un siglo más tarde, al desembarcar allí Juan de Bethencourt llamó el *Castillo Viejo*.

Residió Lancelot en el archipiélago por espacio de veinte años, comerciando con los indígenas y enviando a Europa pieles de lobo marino y de cabra, miel silvestre, sangre de drago y otros variados productos. No se sabe documentalmente si este genovés murió en una insurrección de los nativos, ayudados por sus vecinos los majoreros, o si regresó por fin a su patria, mas desde su desaparición de la isla, en los mapas de la época, figuró aquélla con el nombre de *Lenzarotus Marocelus*, pintada su superficie de color plata y en medio la cruz de gules que eran los símbolos de posesión de la República de Génova.

3

NA EXPEDICION PORTUGUESA

En el año 1341 se realizó a las islas Canarias una importante expedición al mando del florentino Angelo del Teggia y del genovés Nicoloso de Recco. De noticias de élla un manuscrito cuya redacción se ha atribuido al escritor italiano Juan Boccaccio y en el que hay ideas bastante claras sobre la situación y vida de sus habitantes del archipiélago canario en aquellas épocas de la Edad Media europea. Entre otras cosas, dice: «De Canaria y de las otras islas nuevamente descubiertas en el Océano del otro lado de Castilla»... «El primero de julio de este año de la Encarnación de 1341, dos buques cargados por el rey de Portugal de todas las provisiones necesarias y con ellos un pequeño barco, tripulados por florentinos, genoveses, castellanos y otros españoles»... «Favorecidos por un viento propicio los cinco días abordaron a las islas que comunmente dice haberse vuelto a encontrar y en el mes de noviembre han regresado a sus casas con el cargamento siguiente: Primeramente cuatro hombres habitantes de estas islas, una gran cantidad de pieles de machos cañíos y de cabras, sebo, aceite de pescado»..., «madera roja que tiñe»... «Cortezas de árboles para teñir de rojo y tierra encarnada y otras cosas»... «La primera isla que descubrieron (Fuerteventura) era toda ella una montaña de piedra, inculta pero abundante en cabras y otros animales, muy poblada de hombres y mujeres desnudos

De la Historia de Canarias

que se semejaban a los salvajes por sus modales y costumbres»... «Habiéndose pasado enseguida a otra isla (Canaria) percibieron una multitud de sus habitantes que se adentraban por la playa a encontrarlos; los hombres y las mujeres iban casi todos desnudos, algunos de entre ellos parecían mandar a los otros e iban cubiertos de pieles de cabra pintadas de color de azafrán y de encarnado y en cuanto alcanzaba la vista estas pieles eran muy finas, suaves y cosidas muy artificialmente con hilos de tripa. A juzgar por sus actos aparentaban tener un jefe a quien manifestaban mucho respeto y obediencia»... «Cuando los insulares observaron que no desembarcábamos, algunos intentaron llegar nadando a los botes, de los cuales retuvieron cuatro, que son los que han traído. Costeando la isla para darle la vuelta la encontraron mejor cultivada por la parte Norte que por el Sur»... «veinticinco marineros desembarcaron armados, examinaron las casas encontrando en una de ellas cerca de treinta hombres desnudos enteramente que se espantaron huyendo al ver las armas»... «aquellos edificios estaban contruídos con piedras escuadradas y cubiertos de grandes maderas» «encontrando solamente excelentes higos secos conservados en esteras o cestas de palma»... «vieron cebada y otros cereales que debían de servir probablemente para el alimento de los naturales»... «encontramos también una capilla o templo sin pinturas ni ornamentos, tan solo una estatua esculpida en piedra que representaba a un hombre con una bola en la mano; este ídolo estat

desnudo y traía una especie de delantal de hojas de palma»... «cuya estatua sustrajeron y llevaron a Lisboa. El trigo y otros cereales lo comen como las aves bien, hacen harina que les sirve de alimentación»... «y beben solo agua»... «Saliendo de esta isla dirigiéronse a una tercera (Hierro) en la que no hallaron otra cosa sino hermosos árboles en gran número, rectos hasta el cielo. De allí pasaron a otra, (Gomera) abundante en arroyos y excelentes aguas, con muchos bosques y palomas salvajes»... «También vieron muchosalcones y otras aves de rapiña pero no se atrevieron a adentrarse en el país por parecerles desierto. Luego descubrieron otra isla (La Palma) cuyas montañas eran muy elevadas y cubiertas de nubes; las lluvias son conguas si bien la parte que pudieron ver en tiempo claro se pareció muy agradable, creyéndola poblada»... «Después aportaron a otras islas»... «y cinco estaban habitadas pero desigualmente pobladas»... «el lenguaje de sus habitantes difiere de tal manera que no se entienden»... «carecen de embarcaciones para trasladarse de una a otra isla»... «Una de las islas que descubrieron (Tenerife) tenía algo de maravilloso que les impidió desembarcar. Existe en ella una montaña que, según calcularon, se eleva a la altura de treinta mil pasos o más y que se ve desde muy lejos. Una cosa blanca aparecía en la cima y como toda la montaña es pedregosa, aquella blancura se representaba con el aspecto de una fortaleza; sin embargo no es otra cosa que un roque redondo, rematado en su cima por un mástil como el de

De la Historia de Canarias

un buque del que pende una antena con una gran vela latina, esta vela, hinchada por el viento, afecta la forma de un escudo vuelto hacia arriba, ensanchado; luego poco a poco, se recoge a la par que el mástil, como en las galeras; luego vuelve a elevarse para abatirse y volver a levantar. Dieron la vuelta a la isla y siempre contemplaron el mismo prodigio y creyendo que era algún encantamiento, no se atrevieron a desembarcar»... «los cuatro hombres que han traído son jóvenes indios berbes y de hermosa figura; van desnudos y solo llevan una especie de delantal sujeto con una cuerda a la cintura y del que penden gran número de hilos de palma o de juncos»... «tienen los cabellos largos y rubios y con ellos se cubren llegándoles hasta el ombligo y andan descalzos. Se dice que la isla, donde fueren apresados se llama Canaria y está más poblada que las otras»... «no exceden de nuestra estatura, tienen los miembros robustos, son fuertes, muy valerosos y al parecer, inteligentes»... «se respetan entre sí y uno es superior entre los cuatro pues le honran con particularidad. El delantal de este jefe es de hojas de palmeas mientras que los demás lo llevan de junco pintado de amarillo o rojo»... «su canto es dulce, son alegres y risueños, bastante civilizados y menos rudos que muchos españoles»... «comieron pan e higos»... «rehusaron el vino y solo bebieron agua»... «la carne es de buena calidad y abundante en su tierra y carecen de bueyes, caballos y asnos; en cambio poseen numerosas cabras, carneros y cerdos salvajes»... «se les enseñaron anillo

oro, vasos cincelados, espadas, sables y otras armas
dieron a conocer no haberlos visto jamás. Su lealtad
muy grande pues si uno recibía alguna cosa de comer
dividía en trozos y repartía entre los demás antes de
probarla. El matrimonio se practica entre ellos y las mu-
jeres casadas llevan un delantal como los hombres pero
las doncellas van del todo desnudas, sin avergonzarse
de su desnudez. Cuentan como nosotros pero colocando
las unidades delante de las decenas, del modo siguiente:
uno, *nait*; dos, *metti*; tres, *amelotti*; cuatro, *acodetti*;
cinco, *simuseti*; seis, *sesetti*; siete, *satti*; ocho,
amatti; nueve, *alda morana*; diez, *marava*; once, *naiti-*
marava; doce, *smatta-marava*; trece, *amierat-marava*;
catorce, *acodat-marava*; quince, *simusat-marava*; diez y
seis, *sesatti-marava...*»

Y con esta curiosa relación termina el interesante
documento que sitúa con bastante claridad a las islas
canarias en el siglo XIV.



EXPEDICIONES AL ARCHIPIELAGO EN EL SIGLO XIV

En el año 1342, según rezan documentos de la época, se llevaron a cabo dos expediciones a las islas Canarias realizadas por mallorquines, con el intrépido Francesch Descalers al frente de una y Domingo Guzmán al de la otra. Parece ser que comerciaron y convivieron amigablemente estos nautas con los habitantes de Canaria, enseñándoles mejores técnicas en la confección de viviendas, en la pesca y la agricultura; instruyéndoles en la religión cristiana y levantando ermitas en diversos puntos de la isla, que se señalan como Santa Catalina y San Nicolás.

Por aquellas épocas salió del Mediterráneo el aragonés Jaime Ferrer de quien se supone realizó al menos un desembarco en la isla de Tenerife.

Algunos documentos últimamente descubiertos y estudiados dicen que hubo en el siglo XIV tres expediciones misionales al archipiélago, compuestas de aragoneses, catalanes y mallorquines, entre quienes venían algunos frailes franciscanos naturales de las islas que llevados anteriormente como esclavos a la Península habían sido manumitidos, convertidos al catolicismo y ordenados para, a su vez, convertir a sus compatriotas.

La isla de la Gomera fue visitada primeramente por el caballero gallego don Fernando de Ormel y por el portugués don Fernando Soto mas tarde. De este último personaje crónicas escritas hay al parecer que dicen tomó tierra en un punto que llamaban *Aipare*, defendido por un hermano del rey Almaluige, quien fue muerto junto con otros isleños. Cuando el rey de la isla supo lo sucedido, reunió a toda su hueste y se enfrentó a Soto y su gente, haciéndolos retroceder hasta un socavón del terreno conocido con el nombre de *Arpdey*, en donde los tuvieron encerrados dos días y dos noches. Les fue perdonada la vida a los invasores en última instancia, por Almaluige al parlamentar con los sitiados. Se hicieron amigos isleños y extranjeros, repartiendo éstos a poco de la isla no sin antes donar varios obsequios a aquéllos que renunciando a la venganza y a la muerte, tan gentilmente les atendieran.

A mediados del siglo XIV las islas Afortunadas eran tenidas en los puertos europeos como recién descubiertas. Leyendas y fantasías se entremezclaban al dar noticias de ellas. Sus hipotéticas riquezas estaban sin conquistar. Y don Luis de la Cerda, francés de ascendencia española, solicitó del Papa Clemente VI ser coronado como rey de las ignotas islas. El Pontífice, tal vez presionado por el rey de Francia, concedió título y reinado, con la bien clara condición de que fueran evangelizados los salvajes isleños. Don Luis de la Cerda o *de España* fue coronado como *Príncipe de la Fortuna* en una solemne ceremonia desarrollada en

Aviñón o en Roma el día 15 de noviembre de 1344.

Pero los años pasaron; don Luis de la Cerda murió sin haberse posesionado de su recién donado reino y las islas Canarias siguieron sin ser conquistadas, aunque ya no desconocidas pues fueron diversas las incursiones a ellas llevadas a cabo por aquellas épocas.

En el año 1352, el Papa Clemente VI, autorizó a rey de Aragón para que su nación realizase una expedición que llevó a su frente a Arnau Roger.

Durante el último cuarto del siglo, la ruta de La Canarias estuvo un poco olvidada por aragoneses mallorquines, y fueron de otros reinos peninsulares donde salieron las correrías que se hacían con el principal objeto de saquear las islas, sin pensar en establecer factorías para comerciar, ni tampoco en colonizar el país.

Sin que exista confirmación, se ha dicho repetidamente que por aquellos tiempos se realizaron varias incursiones en la isla del Hierro y que una gran tempestad obligó al vizcaino Ruiz de Avendaño a abordar a Lanzarote, siendo, tanto él como sus hombres, magníficamente recibidos por los indígenas. Ruiz de Avendaño, buen mozo según cuentan los historiadores, tuvo en aquella aventura amor con la reina Fayna, esposa del legendario Zonzamas; y a poco, de tal romance nació una niña que se llamó Ico, la cual cuando fue mayor hubo de pasar por la terrible *Prueba del humo*, Juicio de Dios isleño, para demostrar su legitimidad y derecho.

ceñir la diadema de macho cabrío como soberana de la isla.

También se escribió algo sobre una arribada forzosa de un navío que al mando de Francisco López de Sevilla para Galicia y se vio arrastrado por vientos y corrientes contrarios hasta llegar a Canaria encallar en la boca del barranco Guinguada en julio de 1382, salvándose tan solo trece hombres, entre ellos dos frailes. Fueron aquellos desventurados favorablemente acogidos por los nativos y aún algunos se unieron con hermosas isleñas y tuvieron descendencia. Los franciscanos hicieron muchos prosélitos para el cristianismo, pues en la isla las costumbres eran sanas y su religión muy similar a aquél. Y así vivieron amigablemente náufragos castellanos y nativos hasta que, repuntando los ataques piratas a las costas canarias y poniendo hubiese contactos secretos entre ellos y sus vecinos, los mataron a todos, riscándolos por la famosa sima de Jinamar.

En el año 1385 atacó a las islas una expedición comandada por Hernán Peraza, produciendo numerosos daños en Canaria y Lanzarote. La escuadra, compuesta de seis navios con gentes sevillanas y vascas, saliera de Sevilla, recorriendo las mencionadas islas. En la cruenta entrada efectuada a Lanzarote los piratas consiguieron abundante botín en frutos de la tierra y ganados, llevándose así mismo, triunfantes, al rey Tífanfaya y a la reina, su esposa, además de ciento y

De la Historia de Canarias

pico personas que posteriormente fueron vendidas en la Península como esclavos.

Por 1393 volvió Hernán Peraza a las islas, atacando a Canaria por Arguineguín, robando hombres, mujeres, ganado y cuanto estuvo a su rapaz alcance desembarcando posteriormente por la boca del barranco de Telde y llegando hasta el valle de Jinamar en donde los isleños lograron infligirle tal derrota que le hicieron huír del archipiélago.

Durante el año 1399 atacó a su vez a las isla Gonzalo Peraza Martel con cinco navíos, causando asoladores daños.

✗

LA RAZA QUE OCUPABA EL ARCHIPIÉLAGO

Antes de proseguir con estas breves noticias acerca de las islas Canarias, es conveniente dar a conocer algunos de los posibles orígenes de la raza que habitaba el archipiélago en la época de su descubrimiento e incorporación a la Historia de la Humanidad.

Después de numerosos estudios llevados a cabo por etnólogos, tanto españoles como extranjeros, aún no se ha llegado a una conclusión definitiva del punto de origen de esta raza que, perteneciendo en sus modos de vida al neolítico, merced al aislamiento en que vivió durante siglos, llegó a los albores de la Edad Moderna y la presente civilización en un completo estado de salvajismo ulterior. La antropología catalogó a los aborígenes canarios entre los *cromañoides*, aquellos seres que, obligados por repetidas glaciaciones, emigraron desde el centro de Europa hacia países más cálidos; llegando en el paleolítico superior a cruzar el Mediterráneo y los montes Atlas hasta las sabanas saharianas, que con medios de navegación ignorados hoy, arribaron a las islas Canarias, quedando en ellas aislados, retrocediendo a la Edad de Piedra por carecer de metales, olvidando así mismo el arte de navegar y el uso de la rueda. Sin embargo conservaron las costumbres físicas, sociales y religiosas de sus antepasados. Aque-

llos seres que tuvieron en el nebuloso pasado formas de vida muy elevadas, decayeron hasta llegar al verdadero estado de los pueblos salvajes.

Tal es una de las teorías del origen de la raza autóctona, que se supone anterior a la *Guanche*.

La raza de Mechta el Arbi o *Bereber* ocupó la Libia y se extendió posteriormente por todo el Norte de Africa, llegando, según varios antropólogos, de alguna forma hasta Las Canarias, ejerciendo una notable influencia cultural sobre la raza verdaderamente aborigen. Hay eruditos, que al ocuparse del tema, establecen un marcado parentesco entre los *guanches* y los antiguos *bereberes* de las costas atlánticas del Norte de Africa, también rubios y de ojos azules, emparentado así mismo con los antiguos iberos y aún con los vascos a todos los cuales se les ha llamado *razas atlánticas*.

Los *guanches* pudieron llegar a través de la *Berbería* y de la raza *bereber* pero mucho antes de que esta se mezclase a su vez con otras razas.

De la fusión de los habitantes autóctonos con los *guanches* surgió la semejanza de caracteres antropológicos y lingüísticos que actualmente se aprecian en los estudios del pueblo canario comparados con los de la cercana costa del Africa Atlántica. Casi todos los investigadores, al examinar las analogías raciales existentes, coinciden en indicar que el origen de las culturas africanas ha influido en el régimen de vida de los abo-

ígenes; se habla de las migraciones saharianas y de la cultura camítica presentando también la civilización de los antiguos canarios como una rama de la cultura megalítica, estrechamente emparentada con la Península Ibérica y el Oeste de Europa, más que con la cultura del Sahara. En la población aborígen, se han descubierto no uno sino varios tipos antropológicos, predominando el ya mencionado *guanche* o perteneciente a razas *atlánticas* (de elevada estatura), pero existiendo también los tipos *mediterráneo grácil* y el *orientálico* (de mediana estatura) y aún algunos *armenoides* y *nórdicos*. Y por lo tanto la denominación *guanche* no puede comprender un significado antropológico estrictamente especial. Los mismos nativos hablaban de ligeras diferencias raciales en las diversas islas. Se decía de la especie *guanche* o *guanchinesca* pobló las islas occidentales y la *canaria* (nombre aplicado por los escritores latinos), las tres islas más orientales.

X

UNA TEORIA SOBRE LA LLEGADA DE LOS GUANCHES A LAS CANARIAS

Como, porqué y aún con qué medios llegaron los aborígenes a las Canarias es un enigma que todavía no ha tenido contestación adecuada y tan solo merced a profundos estudios y buceos en el pasado se pudieron establecer algunas teorías que pretenden aproximarse a la verdad, sin haber confirmación que sea digna de crédito.

Una de ellas es la que menciona el historiador Abreu Galindo, tan endeble como puedan serlo las demás formuladas pero que, por encontrarse reflejadas en los historiadores antiguos, nos atrevemos a relatarlas.

Cuéntase que estando en pleno apogeo la civilización romana, la que más expansionó sus fronteras en la antigüedad, se construyeron algunos establecimientos penitenciarios en los confines del Imperio y en ellos encerraban a toda clase de criminales y reos políticos. En tres romanizadas provincias de la Mauritania, sus habitantes, que eran gentes sencillas de nobles y puras costumbres, se sintieron humillados y llegó a tal extremo su descontento que terminaron levantándose en armas liberando a los presos y acuchillando a las guarniciones. La represión de aquella revuelta no se hizo esperar.

potentes legiones acudieron desde la metrópoli y después de crueles torturas decapitaron a los cabecillas el motín. A los demás habitantes del país, sin excepción, les cortaron la lengua para que jamás pudiesen emitir palabras subversivas contra el Impero. Y aún extremaron su castigo. Embarcaron a aquellas infelices gentes y las trasladaron en amargo destierro a las cerneas y misteriosas islas que emergían frente a las costas mauritanas, realizando para ello dos expediciones guiadas.

Decía el mencionado Abreu Galindo que a Lanzarote, Fuerteventura y Canaria arribó la expedición con los componentes de la estirpe *berberisca* y añade, como un dato más, que los *berberiscos* y *alárabes* denominaban al igual que los habitantes de estas tres islas, a la leche, *abo*; al cerdo, *ylfe*; a la cebada, *tososen*, etc. Las restantes cuatro islas fueron pobladas por la segunda expedición formada de restos de las provincias africanas arrasadas.

Entre sus numerosas calamidades contaban los desterrados con la de carecer del uso libre de la palabra, por lo que hubieron de crear un nuevo vocabulario compuesto de frases truncadas. Hay, efectivamente, gran semejanza en los vocablos *guanche-canarios* y *berberes*, sobre todo en lo referente a la toponimia de las tres provincias en que se subdividía la Mauritania habitada por los *berberiscos*, los *azanegues* y los *alá-*

De la Historia de Canarias

rabes. Por ejemplo: Telde, Gomera y Orotava tienen su igual en nombres de pueblos o comarcas de Fez, según reiteradas investigaciones demuestran.

Existen otras teorías que suponen migraciones directas desde la Península Ibérica y aún desde las rocas célticas de Escocia y los fiordos noruegos.



LOS ABORIGENES DE LA ISLA CANARIA

La isla Canaria, así llamada desde tiempos de Juba II, rey de la Mauritania, era conocida por sus naturales habitantes con el nombre de *Tanaran* según algunos primitivos cronistas. Dicho vocablo significaba, al decir de los investigadores, *El País de los Hombres Valientes* o *La Tierra de Las Palmeras*, aunque también se ha dicho que este topónimo solo lo aplicaron los isleños al Real de Las Palmas.

La flora de la isla era variada y grandes bosques de pinos, acebuches, tiles, lentiscos, palmeras, mocaes, etc., la cubrieron, llegando a ser mencionada en alguna crónica como *La de las Selvas Tenebrosas*. Árboles frutales fueron, además de las palmeras que proporcionaban dátiles, miel de sus tiernos cogollos y una bebida sabrosa y refrescante, las higueras aportadas, según se dice, por los mallorquines en el siglo XIV.

La fauna terrestre conocida estaba compuesta por las cabras, las ovejas y los cerdos, así como los perros que dieron nombre a la isla y por ende al archipiélago.

Los *canarios* conocían el fuego, la pesca y la cerámica, mas ignoraban la rueda, el arco y la escritura puesto que salvo algunas toscas y misteriosas inscrip-

ciones rupestres, nada ha llegado a nosotros que demuestre lo contrario. Practicaban el viril deporte de la lucha, la natación y eran grandes andarines y consumados escaladores de riscos y montañas. Eran de buena estatura, bien formados, de tez morena y cabellos generalmente castaños. Agiles, valerosos y muy nobles en todas sus acciones.

Sobre el vestido de los *canarios* se escribió... «eran unos *toneletes* hechos de juncos majados y entretejidos muy justo al cuerpo y que llegaban a la rodilla y ceñidos por la cintura. Y después se echaban encima unos pellejos cosidos muy primorosamente, que llamaban *tamarcos*; en verano el pelo fuera y en invierno el pelo adentro, muy galanos y pulidos. Y en las cabezas usaban tocados de pellejos de cabritos que desollaban enteros y las garras caían por las orejas, amarradas al pescuezo. Y los *toneletes* y *tamarcos* y demás vestidos eran pintados de diversos colores de tintas que hacían de flores y hierbas. Y del mismo hábito usaban las mujeres, de pellejos, como refajos altos del suelo. Traían calzados unos pedazos de cueros de cabras atados con correas del mismo cuero crudo».

Sacaban y conservaban el sebo de los animales comestibles. Tenían cebada, que sembraban arando la tierra con palos a cuyo extremo acoplaban cuernos de cabra; y arrancaban las espigas granadas, golpeándolas, pisándolas y aventándolas con las manos. Tostaban el grano y lo molían con piedras morteros para hacer de

lofio. Del mar extraían los peces matándolos a palos por las noches, alumbrándose en la faena con maderas de tea encendidas y haciendo uso de unas esteras de junco, a modo de redes. También recogían para comer mucho marisco. Los higos, los dátiles y la manteca endurecida los conservaban en grandes silos.

Los habitantes de *Tamara*n se hallaban divididos en tres castas o clases sociales bien definidas: la de los *Guanarteme* o Realeza, de la cual salían también los *Maycanes* o Sumos Sacerdotes, las Regidoras de *hariaguadas* que eran como vestales destinadas al culto de su dios *Alcorac* o *Acoran* y la mayoría de los *Guayres* o régulos de cantones y componentes del *Sabor* Consejo Real. La casta de los nobles incluía a los guerreros y personas preponderantes de la isla. Y la clase de los villanos o trasquilados, a los que se llamaba *achicaxuas* y que se diferenciaban de los nobles y la realeza porque mientras éstos usaban melena hasta debajo de las orejas, aquéllos iban con el pelo trasquilado, siendo los que ejercían los trabajos artesanos y de pastoreo. Aún había una especie de subclase social, la de los impuros o *intocables*, que comprendía a los carníceros y ejercitantes de otros oficios considerados como viles.

Los oficios más destacados eran el de albañil, en el que sobresalieron los *canarios* como consumados alfarifes, el de alfarero, realizado casi siempre por muleros, el de pintor, esterero y curtidor.

La religión canaria era monoteísta pues creían y adoraban en un solo dios o ser sobrenatural que regía los destinos de la isla y al que denominaban *Acoran* y lo adoraban en los santuarios llamados *almogarenes*, así como en los *tamogonte Acoran*, cenobios en que residían las *harimaguadas* vestidas de albas pieles dedicadas al culto desde la infancia. Los *canarios* realizaban procesiones a los montes sagrados de *Tirma* en el Norte y *Umiaga* en el Sur; y también acudían en procesión a las playas para, golpeando las aguas del mar con pencas de palmeras y lanzando lamentos, hacer rogativas implorando de su dios la lluvia necesaria y bienhechora. Litaban a la divinidad en lo alto de las montañas, en altares especialmente dispuestos, derramando la leche de las cabras blancas y examinando la entrañas de los cabritos inmolados para dictar agüeros.

Creían en la inmortalidad y eran maestros en la conservación o momificación de los cuerpos. Había idolatría en la isla y los monolitos naturales como el *Roque Nublo* y el *Bentayga* fueron sagrados para ellos y en algunas excavaciones se han encontrado figurillas de piedra y barro, toscas, de personas y animales, que a veces insinúan posibles regímenes de matriarcado. Además de adorar a *Acoran* convertían su religión en un triángulo; con los vértices que eran el agua, la tierra y el cielo, en medio del cual estaba *El Unico*, *El Grande*. Temían mucho a unos espíritus malignos que conocían por *tibicenas* y que se les aparecían en forma de grandes perros lanudos.

En su justicia aplicaban la ley de *Ojo por ojo y diente por diente* y ajusticiaban a los reos riscándolos por profundas simas o colocándolos sobre una piedra plana, golpeándolos con otra hasta destrozarlos. Entre sus costumbres figuraba la prohibición de que en el curso de las guerras desencadenadas entre facciones rivales, casi siempre a causa de los pastos, se hiciera daño a las mujeres ni a los niños, si bien hubo un tiempo, poco antes de la llegada de los castellanos, en que se dispuso que se matasen todas las niñas que naciesen, salvo las primogénitas, debido al exceso que de muertes en la isla había; mas una mortal epidemia que azuzó la población acabó pronto con tan drástica medida. Se condenaba el hurtar, el ser irrespetuoso con los ancianos y las mujeres, el adulterio, etc. Y la casta noble, la de los guerreros, tenía prohibido confeccionar útiles domésticos o ejercer oficio y ni aún cocinar para las viandas en tiempos de paz. El tocar a las reses muertas era cosa de impuros.

Gustaban de hacer grandes concentraciones por diversos motivos y en ellas se cantaban melodías en las que por lo general loaban a los héroes de la raza.

Practicaban la clásica *lucha canaria* en terrenos preparados al efecto; los rivales se lanzaban primeramente unas varas como jabalinas, luego cantos redondeados y por fin se enzarzaban en agarradas hasta dar uno con el otro en el suelo o cuando el *Guayre* presente, que oficiaba de árbitro, gritase: *!Gama, gama!* Este significaba: *¡Basta, basta!* Solían apostar entre sí

a quién clavase grandes troncos de tea en lo más alto de los riscos.

Sus armas eran el *magado*, también símbolo real: bastón de tea endurecida al fuego; las *amodagas*, especie de dardos con bolas en el centro para su mejor manejo. las *tabanas*, cuchillos de afilado pedernal; y la *tarja*, rodela defensiva confeccionada con madera de drago o cuero, generalmente. Desconocían el uso de la flecha. Para la guerra se tatuaban el cuerpo y colgaban del cuello amuletos.

Usaban una especie de sellos de barro o piedra labrada, muy minuciosamente trabajados, conocido por *pintaderas*.

Las mujeres se teñían de rojo el cabello y se les adornaban con juncos entrelazados. Sus joyas y adornos consistían en diademas de cuero con conchas marinas incrustadas y collares de abalorios de barro cocido o piedras perforadas. Las pieles de sus vestidos estaban trabajadas con primor y cosidas con finos nervios de animales por medio de agujas de hueso o espigas de pescado.

La medicina *canaria* se componía de hierbas y grasa de animales derretida al fuego. Cauterizaban sus heridas echándoles grasa e introduciendo en ellas rasco de juncos machacadas.

Llamaban a la cabra, *aridaman*; *tahatan* a las ovejas y *taguacen* a los cerdos. *Gánigos* a recipientes de

barro; *tamazanoma* a la cebada; *azamotan* a un plato compuesto con carne cocida o frita con sebo; *gofio* a la harina de cebada tostada. A los higos verdes, *areormace* y cuando aquéllos estaban pasados, *tejaunen*, que se guardaban en seras o espuestas de junco llamadas *carianas*.

En la arquitectura *canaria* prehispanica cabe describir las cuevas vivienda, las chozas de los pobladosemiciclópeos, las cuevas y casas de audiencia, los *taboreros* que eran lugares de reunión del *Guanarteme* con el *Faycan* y los *Guayres* que componían el *Sábor*; las cistas o monumentos funerarios suntuosos y geométricos, las estelas y las torres troncocónicas que servían para sustentación de los espíritus de los muertos.



LOS MAJOREROS EN FUERTEVENTURA Y MAJOS EN LANZAROTE

A los habitantes de Fuerteventura se les dio el nombre de *majoreros* y a los de Lanzarote *majos*, derivando esta denominación de un vocablo indígena, *mahoh*, que según unos cronistas era aplicado indistintamente en cualquiera de las dos islas por sus habitantes y que quería decir: *La Tierra, El País*; también se ha dicho que era aquel el nombre de una hierba que abundó mucho allí. Otros historiadores y comentaristas escriben que la definición gentilicia proviene de *mahay*, que quería decir *valiente*. Y así mismo de *maho*, calzado de cueros atados con correas a pié y pierna. Parece ser que los habitantes de Fuerteventura conocían a su isla por el nombre de *Erbane, La Pared*. A Lanzarote la llamaban los *majos Tite-Roga-Kaet*, topónimo indígena de *Las Coloradas*, originario del nombre normando *El Rubicón*.

Según escribió Abreu Galindo al referirse a los naturales de estas islas «... eran caritativos, alegres, animosos, grandes cantadores y bailadores y la sonata que hacían era con piés, manos y boca, muy a compás y graciosa. Eran muy ligeros en saltos y este era su principal ejercicio...» Poseían estaturas elevadas y estaban muy bien formados de cuerpo, siendo las mujeres muy hermosas, de cabellos dorados.

Vestían los isleños unas toscas túnicas de cuero hasta las rodillas con una especie de medias que llamaban *huirmas* y calzado, *maho*, todo de cuero. Usaban los hombres la barba en punta y en la cabeza un tocado de plumas que llamaban *guapil*. Las mujeres se cubrían con largas túnicas y usaban diferentes tocados en la cabeza, con cintas de cuero teñido y plumas al frente. Las pieles de cabra las cortaban con cuchillas de pedernal llamadas *tafiaques* y sus armas eran palos y piedras. Araban a mano con cuernos de macho cabrío.

Se dice que adoraban a un dios impreciso elevando las manos al cielo y derramando la leche de las uñas blancas en altares pétreos.

También escribieron los primeros cronistas, que hubo en Fuerteventura, en tiempos prehispánicos, dos mujeres catalogadas como brujas, que se decía eran madre e hija, se llamaban *Tibiabin* y *Tamonante* y una ejercitaba de apaciguadora en las polémicas surgidas y la otra de sacerdotisa en los ritos sagrados.

Los habitantes de estas dos islas se curaban con hierbas y se sajaban con los *tafiaques* cuando algo les dolía.

Eran grandes nadadores y pescaban matando los peces con palos, recogiendo y consumiendo también grandes cantidades de mariscos.

Se ha dicho que los habitantes de Fuerteventura no conocían el fuego y que su alimento primordial eran

el pescado, la leche, la manteca, el *gofio* de cebada y la carne seca tostada al sol. La carne de cabra más sabrosa de todo el archipiélago se ha afirmado ser la de *Erbane* pues a pesar de su poco relieve montañoso fue abundante la isla en aguas y había árboles como palmas y acebuches, arbustos como tarajales y frutos como la cebada, muchas hierbas y olorosas flores.

De cuando en cuando, los aborígenes *majorero* efectuaban rodeos de ganado que llamaban *gambuesas*.

En Lanzarote sus habitantes lograban el fuego para sus menesteres, frotando un espino seco con un cardon esponjoso.

En ambas islas, a los muertos los metían en cuevas, entre muchos pellejos de cabra.

Lanzarote y Fuerteventura se regían por señores capitanes o reyes en cuadrillas, que a su vez dependían de un jefe superior. En *Tite-Roga-Kaet* había un solo jefe o rey al tiempo de la conquista de la isla. *Erbane*, tal como su nombre indígena indicaba, estaba dividida por una curiosa y legendaria muralla de piedra de una longitud de más de veinte kilómetros, habiendo un gobernante para cada una de las dos porciones que se conocían por *Maxorata* y *Jandía*.

El código penal en estas islas orientales fue muy severo y sencillo; el individuo que entraba por la puerta en la cueva de su adversario, fuera muerto o matara él no cometía delito; mas si saltaba pared o empleaba

Otras disimuladas artes, se le consideraba reo. Admitían el desafío, al que eran muy aficionados, usando para combatir unos garrotes de acebuche que llamaban *ceceses*.

La justicia en Fuerteventura se ejecutaba en las costas, tendiendo al delincuente sobre una gran laja, en la playa, y aplastándolo con otra pesada piedra. Y todos los descendientes del ajusticiado eran considerados como infames.

A los valientes llamaban *altahay*.

Sus devociones las hacían en edificios llamados *sefequenes*, de construcción con doble pared y planta redonda. Sus casas eran de piedra seca, muy fuertes y de entradas angostas y pequeñas. El gobernante usaba como distintivo o atributo real una diadema o mitra de cuero de macho cabrío con conchas marinas incrustadas.

Parece ser que al igual que en casi todo el archipiélago, existía en estas islas un tributo semejante al derecho de pernada de la Edad Media europea.



LOS GUANCHES EN TENERIFE

Tenerife, la Nivaria de las crónicas cristianas, fue nombrada así por los palmeros. Ellos la veían distante y misteriosa al Naciente. *Tener* en el lenguaje palmero significaba monte; e *ife*, blanco o de nieve. Los *guanches* llamaron *Achinech* a su isla, que quería decir *País de Echeide*, alusión al *Fuego del Infierno* de *Teide*.

La flora de la isla, más abundante en el Norte era variada y merced al clima surgieron grandes arboles, algunas de cuyas especies han desaparecido ya. Entre las existentes, las de los famosos dragos, las acebuches y los pinos. Sus cereales eran la cebada y sus legumbres las arvejas. Sus frutas los mocanes, de los que sacaban miel, así como algunas otras variedades silvestres. Hubo cronistas que aseguraron que en Tenerife se conoció el trigo, al que llamaron *yrichen* aunque hay bastantes dudas al respecto pues tampoco en las otras islas se supo su existencia en épocas pre hispánicas.

De la fauna terrestre, quienes escribieron sobre ello solo hacen mención de cabras, ovejas y unos perros pequeños. A las cabras llamaron *axa*, a las ovejas *haña* y a los perros *cancha*.

En el lenguaje *guanche*, *Guan* significaba person:

y *Achinech* isla, así es que *Guanchinech* diría *hombre de Tenerife*, como escribió el historiador Espinosa, quien añade: «Los *guanches* del Sur eran de color algo tostado y moreno, bien por traer este color de generación, bien por ser la tierra allí algo cálida y estar ellos tostados al sol por andar casi desnudos como andaban. Mas los de la banda del Norte eran blancos y las mujeres hermosas y rubias y de lindos cabellos». Se dice que los *guanches* eran de notable estatura... «de muy buenas y perfectas facciones de rostro y disposición de cuerpo». Se vestían con pieles de corderos y cabras..., «a la manera de un camisón sin pliegues, ni collar, ni mangas, cosido con correas del mismo cuero con mucha sutileza y primor, tanto que no hay pellejero que tan bien adobe los cueros ni que tan sutil costura haga, que casi no se divisa y ésto sin tener agujas ni leznas, sinó con espigas de pescados o púas de palma o de otros árboles»... «Las mujeres llevaban debajo de este *tamarco* unas ropas de cuero».

Trabajaban la tierra con palos y cuernos de cabra. Los hombres araban y las mujeres sembraban. Esta sementera se hacía por los meses de julio y agosto y a tal época llamaban *beñemer*.

Sus alimentos principales fueron la harina de cebada, que llamaban *ahoran*, diciendo a los granos *tamo*. A las arvejas y a las habas decían *acichey*, a la leche *ibof*, a la manteca *oche*; *joya* a los mocanes y *chacerven* a la miel que hacían de esta fruta.

Los *guanches*, al igual que sus vecinos los *canarios*, fueron un pueblo eminentemente troglodita, ayudados por el sin número de cuevas naturales que horadaban la masa volcánica de las islas. También vivieron en casas de muros semiciclópeos con techos de ramas y barro o esteras de junco, decorados a veces con variados colores. Las cuevas les sirvieron de graneros así como de amplios panteones o cámaras funerarias. En esta isla destacaron los nativos en la momificación de sus muertos, para lo cual tenían hombres y mujeres especializados en ese menester, quienes, después de muchas delicadas y definidas manipulaciones, dejaban los cadáveres dispuestos de pie contra las paredes de las cuevas o sobre tablones de tea para que los siglos venideros pasasen sobre ellos sin apenas dañarlos. A estos cuerpos mirrados llamaban *xaxo*.

Había entre los habitantes de *Achinech* varias castas o categorías sociales dentro de la raza. He aquí lo que escribieron Espinosa y Abreu Galindo al respecto: «Había en esta isla tres estados de gente: hidalgos, escuderos y villanos. A los hidalgos llamaban *achimencey* y a los escuderos *cichiciquitzo* y a los villanos *achicaxana*. Al rey llamaban *Mencey* y de aquí que a los hidalgos que proceden de la casa real se les llamaba *achimencey*. Decían al rey *Mencey* o *Quebehí* cuando hablaban con él y éste, al viajar, iba siempre precedido de un servidor que portaba la *añepa*, especie de larga lanza como símbolo de mando. Tenían los de esta isla que su dios los había hecho de la tierra y el agua y que

había criado a tantos hombres como mujeres y les había dado ganado y todo lo que habían menester y que, después de criados le pareció que eran pocos y que crió más hombres y mujeres y que no les quiso dar ganados y que pidiéndoselo, respondió que sirviesen a esotros. Y que aquéllos les darían de comer; y de allí dicen que descenden los villanos, que llaman *achixaxana*, que son *los que sirven*».

Según algunos historiadores o cronistas, entre ellos Antonio de Viana, al principio *Achinech* estuvo regida por un solo *Mencey* y posteriormente fueron varios, siendo su cargo electivo. Un investigador actual describe de la siguiente forma la ceremonia de la elección: «Reunidos en el *tagoror* los aspirantes al cargo real, la nobleza elegía al futuro régulo y una vez verificada esta elección, el nuevo *Mencey* se sentaba sobre ancha piedra cubierta de pieles, que para ellos era el trono real. A su alrededor, formando anfiteatro, se acomodaban la nobleza de los menceyatos y el Consejo de ancianos. Al entrar algún personaje en la reunión, el nuevo *Mencey* pronunciaba estas rituales palabras: *San Sofé*, que significaban *Séais bien venidos*. El más anciano noble tomaba la tibia y calavera del último *Mencey* allecido y dándosela a besar la colocaba luego sobre su cabeza. Acto seguido la tibia era colocada sobre los hombros de los asambleístas e inmediatamente prestaban éstos juramento de fidelidad en los siguientes términos: *Achoron Nunhabec, Zahoñat Reste, Guañac Jahut Banot Xeraxe Sote*, que en opinión del histo-

riador Viana, quería decir: *Yo juro por el hueso que tuvo real corona, de imitarte, guardando todo el bien de la republica.* Usaban también esta otra frase de rúbrica: *Agoñec Acoron Inac Zahaña Guañoc Resté Mencey,* que significaba: *Juro por aquel día celebrado de tu coronación de ser en todo día de vuestro reino»*

Los *guanches* creían en un dios abstracto al que llamaban *Achguayerxeran Achoron Achoran*, que quería decir algo como: *Sustentador del cielo y la tierra*, según los citados historiadores. También llamaban a su dios *Achuhuyahan*, que significaba *Grande* o *Sublime* o *El que todo lo sustenta*, así como también se le conocía por *Guayaxiraxi*. Y a la Virgen María, cuando la conocieron, la llamaron *Chaxiraxi*, que quería decir: *La que carga al que tiene el mundo.* Y al cielo llamaron *Afaman*.

Las sequías pertinaces originaban ceremonias religiosas en las que se juntaban ovejas y cabras, con hombres y mujeres, en un lugar dispuesto para ello. Y separando las crías de las madres, alrededor de un gran palo clavado en el suelo, sin comer y gritando todos, clamaban al sustentador del cielo y la tierra para que enviase la deseada lluvia. Creían en el diablo, a que decían *gayota* y lo suponían metido dentro de *Echeide*, que era el *Teide*.

Los *guanches* se unían a una sola mujer, pero tenían facultad mútua de repudio, pues cuando los casados se separaban, podían unirse a otra mujer, aun

que los hijos así habidos eran considerados ilegítimos. Al hombre llamaban *coran* y a la mujer *chamato*; al hijo *achicua* y a la hija *cucaba*.

Según varios cronistas nos dicen, había en Tenerife la costumbre de echar agua sobre la cabeza de los recién nacidos, función que realizaban unas mujeres dedicadas a esta especie de culto. Investigadores modernos dudan de que haya existido tal rito, que, de ser cierto, se aproxima mucho al bautismo cristiano

Tenían los *guanches* por precepto que si algún hombre se topase en lugar solitario con una mujer, no se hablase o solicitase algo si ella antes no lo hacía.

Solían untarse el cuerpo con grasa de cabra. Las armas que usaban eran los cuchillos de pedernal llamados *tabonas* y las *añepas*, varas de tea endurecida al fuego. Y dice fray Abreu Galindo: «Eran tan diestros en el tirar que no erraban a cosa que tiraban. Y cuando tenían guerra, con ahumadas se entendían y con silbos se daban señas desde lo más alto; y el que los oía silbaba a otro y así, en breve tiempo, se convocaban y juntaban todos».

Los aborígenes de *Achinech* eran muy aseados en su traje y costumbres. Comían carne, cebada y legumbres, comestibles éstos de que se servían para pagar los trabajos a los que confeccionaban los vestidos, a los alfareros y a los carpinteros y demás artesanos.

La justicia la imponía el *Mencey* en el *Tagoror*,

De la Historia de Canarias

lugar de cabildo o audiencia. Eran benignos en los castigos, pues por lo general al reo sólomente se le apaleaba con el cetro del *Mencey*. «No mataban por justicia a ninguno porque decían que solo a *Achuhuyahar* pertenecía el castigo. Y si alguno mataba a otro, mandaba el rey traer los ganados del matador y daba parte de ellos que le parecía a la mujer del muerto, si la tenía, o a los hijos o a los padres o a parientes y desterrábalo de su reino y guardábase el matador de los parientes del muerto».

Eran gente de mucha memoria y atino en sus suposiciones y cálculos.



LOS BENAHOARITAS EN LA PALMA

La isla de La Palma era conocida por sus naturales habitantes con el nombre de *Benahoare*, que significaba *Mi Patria*, en opinión de los antiguos cronistas que de ella hablaron.

Dice un moderno comentarista que, ... «los moradores de la isla de La Palma tenían caracteres muy semejantes a los de la isla de Tenerife, a pesar de encontrarse en aquella isla vestigios de otros pueblos primitivos, entre ellos los *benahoaritas*».

El historiador tantas veces mencionado en estas noticias, Abreu Galindo, uno de los pocos que se ocupa con más detenimiento de esta isla, dice de sus habitantes: «... en estando uno de ellos enfermo, decía *Vacaguaré!* (*me quiero morir*). Luego le llenaban un gánigo de leche y lo metían en una cueva donde quería morir y le hacían una cama de pellejos y le ponían a la cabecera la leche y cerraban la entrada de la cueva, donde lo dejaban morir. Todos se enterraban en cuevas y sobre pellejos porque decían que la tierra, ni cosa de ella, no habían de tocar al cuerpo muerto».

Sus vestidos eran pellejos de cabra y su calzado de cueros de puerco que se liaban a los piés.

De la Historia de Canarias

Los palmeros, hombres y mujeres, fueron de gran corpulencia generalmente. No conocían cereales, frutas ni legumbres. Su pan eran raíces de helechos y juncos machacados y granos secos de *amogante*, especie de jara, que molían con piedras. Sus ganados se componían, como en casi todas las demás islas, de ovejas, cabras y cerdos. Sus armas eran palos endurecidos a fuego que llamaban *mocas*. Al pan de raíces de helechos llamaban *xuesco*, a la carne de oveja y cabra *tequevite*, a la de puerco *atinavina* y a la leche *adago*. Tenían perros pequeños que llamaban *haguayan*. Afirma algún cronista que en la *Benahoare* prehistórica y aún después de su conquista, se recogía *maná* para el sustento de los aborígenes.

Fue siempre la isla muy frondosa en árboles y abundante en hierbas y flores fragantes, desde las más altas cumbres hasta las recortadas costas. Los dragones eran muy numerosos. Había varias fuentes de agua muy nombradas, entre ellas la de *Tebexcorade* o *Agua Buena*. A las piedras volcánicas, vestigios antiquísimos de la formación geológica de la isla, llamaban *tacande*.

La religión de los palmeros era megalítica. Creían en un dios indeterminado llamado *Abora* que estaba en el cielo, al que decían *Tigotan*. Afirmaban que se les aparecía el demonio en forma de perro lanudo que conocían por *Iruene*. Marcaban los días por las lunas y a ésta atribuían carácter sagrado. Hacían adoración cantando y bailando alrededor de amontonamientos

amientos de piedras, sacrificando animales al pie de un gran roque o peña, la de *Idafe*, ofreciéndole entrañas sanguinolentas y recitando un canto: *Yiguida Yiguan Idate*, que significa algo como: *Dicen que caerá Idate*. Y otros respondían, también cantando: *Queguerte Yguantaro, o sea: Dale lo que traes y no caerá*.



ABORIGENES DE LA GOMERA Y BIMBACHES EN EL HIERRO

La isla de Gomera recibió este nombre a través de leyendas y crónicas antiguas procedente de vocablos de distintas lenguas y civilizaciones. Estaba dividida en cuatro cantones, cuyos nombres indígenas eran *Mulagua* (Hermigua), *Agana* (Vallehermoso), *Ipalan* (San Sebastián) y *Orone* (Arure). Los últimos reyes o señores, —a quienes decían *Hupal*— de estos cuatro distritos, fueron respectivamente Aberberqueye, Aguabo reye, Auhagal y Unchepe.

Los habitantes de la Gomera eran «gente de mediana estatura, animosos, ligeros y diestros en ofender y defenderse y grandes tiradores de piedras». Acostumbraban los *gomer*os, para hacer diestros en la lucha a sus hijos, tirarles pelotas de barro para que las esquivasen; luego piedras y por último sus cortas jabalinas. Peleaban con varas endurecidas al fuego y sus vestidos eran algunos cueros teñidos de colorantes, que llamaban *taximaste*. También usaban *tamarcos* cortos, atados al cuello y las mujeres llevaban largas vestiduras que llamaban *tahuyan*, cubiertas las cabezas con velos de piel de cabrito así como capotes de dobladillo y faldas; y cueros de cerdo como calzado.

Había en la isla gran cantidad de árboles y arbustos frondosos como el barbusano, el mocan, la sevina, los tiles y los almácigos; mas no así pinos, según se dijo. Fueron los naturales grandes nadadores y poseían el dón de comunicarse entre sí a largas distancias por medio de un lenguaje peculiar de silbidos, que todavía perdura. Hasta nosotros ha llegado una frase completa en el lenguaje aborígen, dicha, según la tradición, en un apóstrofe por la indígena Iballa cuando Hernán Peraza *el Joven* fue asesinado a lanzazos: *¡Ahehiles, huxagu esaven tamares!*, que se traduce por: *¡Acórrelo! ¡Aquellos van tras él!*

A la isla del Hierro la conocieron sus primitivos habitantes por *Esero*, que significaba *Fuerte*. Parece ser que los aborígenes de esta isla vivían en la comunidad más atrasada de todo el archipiélago. Se autodenominaban *bimbaches*, siendo aficionados a los bailes y a las canciones tristes, impregnadas de melancolía. De mediana estatura, se vestían con pieles y sus únicas armas eran una especie de báculos o bastones llamados *banodes* y *tomasques*. Tenían por costumbres dar a los recién nacidos raíces majadas y mojadas en leche, que decían *haran*. Comían también frutas como los mocanes y las cerezas y carne cocida o seca, de cabras y cerdos. Al agua llamaban *ahemón*, a la leche *achemen*, a la manteca *mulan* y a las ovejas *jubaque*. Los hombres adoraban a un ídolo macho, *Eraoranzan* y las mujeres a uno hembra, *Moneiba*, a los cuales dirigían oraciones y a quienes suponían residiendo en los altos

De la Historia de Canarias

peñascos. Profesaban gran veneración al cerdo y al demonio, al que llamaban *Aranfaibo* y que se les aparecía en figura de aquél.

Parece ser que toda la isla estaba regida por un solo señor. Rehusaban las ceremonias y entre sus severas leyes se cuenta que al ladrón sacaban el ojo derecho y si reincidía, lo mataban.

Había en esta isla un *Arbol Santo*, el *Garoé*, prodigioso, que suministraba al pueblo de abundantes aguas en todo tiempo.

X

JUAN DE BETHENCOURT EN LAS ISLAS CANARIAS

(En los primeros años del siglo XV, reinando en Castilla Enrique III *el Doliente*, el noble Roberto de Bracamonte, por servicios prestados a la Corona, recibió el Señorío de las Islas Canarias.) Casi a continuación y mediante un pacto, transfirió la posesión a su sobrino el caballero normando Juan IV de Bethencourt.

En los primeros días del mes de mayo del año 1402, partió del puerto de La Rochela, en Francia, la expedición que iba a iniciar la conquista definitiva de las islas Canarias y a incorporarlas así al mundo civilizado.

(Juan de Bethencourt se había asociado con otro caballero de fortuna francés llamado Gadifer) de la flota y entre sus hombres contaba con dos indígenas canarios, Isabel y Alfonso, como intérpretes y con los religiosos Pedro Bontier y Juan de Leverrier quienes más tarde escribirían un diario o crónica de la Conquista, *Le Canarien*, documento muy importante para conocer la Historia de Canarias en sus principios.

(Una vez desembarcados los normandos en Lanzarote, iniciaron la conquista de esta isla que, cual

anticipo de lo que costaría dominar a las demás del archipiélago, resultó árdua, cayendo al fin después de variadas peripecias y más bien empujados a ello los isleños por las repetidas prisiones del buen rey Guadarfía y la traición del ambicioso Ache que deseaba para él la diadema de macho cabrío del mando de la isla. Guadarfía terminó entregándose al francés definitivamente, después de largas reflexiones, al comprobar que la bravura de sus guerreros era poco freno para el poderío del invasor. Guadarfía se bautizó con el nombre de Luis y con la corona entregó la libertad de la isla, entrando así ésta en un período de vasallaje que duraría siglos.

En el lugar que los franceses denominaron *Rubicón*, bautizado anteriormente por expediciones castellanas con el nombre de *Las Coloradas*, se edificó un castillo y una iglesia; aquél, primer baluarte de Juar de Bethencourt para la Conquista y ésta bajo la advocación de San Marcial del Rubicón, la también primera piedra evangelizadora con carácter permanente en las islas. Prontamente fue declarada aquella humilde iglesia Catedral y fray Alonso de Sanlúcar de Barrameda designado su primer Obispo.

Antes de la conquista definitiva de Lanzarote y de la sumisión del valeroso y prudente Guadarfía, los franceses intentaron invadir Fuerteventura, que se les ofrecía tentadora, enfrente. Hubo varios desembarcos en sus costas, mas los marojeros de los dos reinos es

que se dividía la isla se aliaron y supieron defenderse tan bien que Juan de Bethencourt y Gadifer de la Salle decidieron solicitar más ayuda para la empresa. Y a Castilla partió el de Bethencourt a entrevistarse con el rey Enrique III, más asequible sin duda que el monarca francés. *El Doliente* no solo facilitó los auxilios precisos en hombres, armas y barcos, sino que confirmó al normando en su título de Señor de Las Canarias con derecho pleno de Conquista, exigiéndole vasallaje a Castilla y el pago de los reales tributos consiguientes.

Entre tanto, en Lanzarote, Bertín de Berneal, capitán aventurero bélico y cruel, se amotinó contra el rey La Salle en ocasión de hallarse éste confinado en la isla de Lobos con unos cuantos de sus hombres buscando cueros para el calzado. Apoderándose de la única chalupa de que disponían, Bertin, al frente de los descontentos, asaltó los almacenes de la naciente colonia y cometió toda clase de tropelías, aprehendiendo a medio centenar de confiados indígenas para venderlos posteriormente como esclavos. Aprovechando la presencia en aguas de la isla de un navío al mando de Francisco Calvo, le propusieron que los trasladase a tierras peninsulares, cosa que rechazó indignado el patrón al saber la crítica situación de Gadifer y aún acudió a socorrerlo. Mas en aquellos días llegó otra embarcación a comerciar con la colonia; su patrón Fernando Ordoñez, menos escrupuloso, aceptó el trato de participar en la venta de los isleños. Tal felonía no podía tener buen fin y la cargada nave

De la Historia de Canarias

naufragó en las costas de Berbería, pereciendo todos sus ocupantes.

Los males de Gadifer de la Salle parecieron remitir cuando se entregó definitivamente Guadarfía, después de hacer justicia ejemplar con el traidor Ache al escaparse de la prisión en que estaba confinado.



PEDRO, EL CANARIO

Como continuación de aquella aventura vivida por trece castellanos que naufragaran en las costas de Canaria frente al Guinguada y que posteriormente fueran ajusticiados por los suspicaces indígenas, cuéntase que en una de las correrías realizadas por Gadifer de la Salle en aguas del archipiélago, después de la raición de Bertin y usando la pequeña embarcación que disponía, ausente aún Juan de Bethencourt, se llegó a la codiciada isla Canaria, intentando una vez más hacer tierra, en aquella ocasión por el puerto natural de Gando. Mas la tropa del francés se negó a desembarcar viendo la multitud de isleños que les esperaban en las arenas de la dilatada playa. Y ya iba el caballero, pesaroso, a dar la orden de levar el ancla y reanudar el viaje, cuando advirtió a un robusto mojonero nativo que se lanzaba al agua y en ágiles brazadas nadaba para aproximarse sin recelo al pequeño navío. Dijo que lo izasen a bordo y a su presencia todos a una se maravillaron cuando oyeron a aquel joven hablar en castellano, diciendo que se llamaba *Tefetan* entre los suyos, que era cristiano, bautizado con el nombre de Pedro. Allí, en pocas palabras, narró las peripecias de los trece náufragos ajusticiados, uno de los cuales había sido su padre. Se ofreció gentil-

De la Historia de Canarias

mente aquel canario para todo lo que los extranjeros necesitasen, siempre que no fuese en detrimento de la isla y sus habitantes. Pero cuando el capitán francés, impresionado al igual que todos por el extraordinario relato, le ofreció ayuda si se iba con ellos al Rubicón de Lanzarote, el isleño se negó a seguirlos, afirmando que ante todo era de Tamaran, su patria, la patria de su madre que lo aguardaba en la playa. Y luego de recibir algunos obsequios se lanzó al agua a reunirse con los suyos.

Rumbo a los feudos de Lanzarote, los franceses se hacían lenguas de la peregrina aventura relatada por aquel canario llamado Pedro.



LA CONQUISTA DE FUERTEVENTURA

Ya en las islas canarias el normando Juan de Bethencourt, Señor de Lanzarote, llegado de Castilla con el título de rey concedido graciosamente por Enrique III, era efectivo amo de vidas y haciendas. Entre él y su socio Gadifer de la Salle se iba abriendo un abismo de recelos, desconfianzas y recíprocos temores. Temores que ambos procuraban no dejar traslucir ante las tropas normandas y castellanas que, con más o menos entusiasmo, habían acudido al archipiélago ansiosas de fortuna.

La cercana isla de *Fortuite*, como ellos la llamaban, se ofrecía tentadora al expansionamiento de ansias de lucha y conquista. Y allá partieron los extranjeros una vez más, pisando tierra por el pintoresco e idílico valle de Río de Las Palmas, que así describe la Crónica: «La entrada se halla cerrada tan bien que es una maravilla; tendrá de largo dos tiros de piedra y de ancho dos o tres lanzas. Allí fue preciso quitarse los zapatos para no resbalar sobre las piedras que se hallaban tan lisas que no era posible sostenerse sobre ellas sino con pies y manos y aún era preciso que los de atrás apoyasen los pies en los extremos de las lanzas de los de delante. Después de este paso se entra en

un valle llano, sumamente delicioso y atravesado por varios arroyos de agua. En este valle se podrán contar más de ochocientas palmeras que lo cubren con su sombra separadas en grupos de ciento y ciento veinte, tan elevadas como mástiles de navíos, de más de veinte brazas de alto, pobladas de ramas verdes y frondosas, cargadas de hermosos racimos de dátiles, que es una delicia verlas...»

Los majoreros eran valerosos y no querían ofrecer sumisión. Al contrario, pelearon en diferentes oportunidades bravamente; pero el poderío del invasor los iba empujando hacia el interior, a las montañas, dejando abiertas las costas.

Se construyó un robusto fuerte para Juan de Bethencourt junto a la playa de Valtarahal. Gadifer de la Salle edificó el castillo de *Richi-roche* en un altozano, futuro feudo a donde iría a esconder su cólera y despecho, cada vez más pronunciados, mientras permaneciese en las islas.

Y en tanto los esforzados majoreros defendían su patria con tesón y ardor, entre los conquistadores se sucedían hechos...

Gadifer, después de su frustrada entrada en la isla Canaria ya se sentía incapaz de ocultar su enojo hacia el que había sido su socio y amigo. Las discrepancias en todo iban a más y por fin acaeció la ruptura. Según algunos historiadores han afirmado, partieron los dos

ex-socios rumbo a Castilla para querellarse ante el rey. Se reconoció una vez más al de Bethencourt como Jefe de la Conquista y Señor de las Canarias y Gadifer abandonó la empresa trasladándose definitivamente a Francia. En el castillo de *Riche-roche* quedó su hijo bastardo, Aníbal, que aún mantendría durante algún tiempo la oposición entre los conquistadores.

De nuevo en las islas Juan de Bethencourt con tropas y navios de refresco, empeñó toda esta potencia en la conquista de Fuerteventura, ya dada por hecha a Castilla.

Las peleas entre los dos bandos se sucedieron. Los isleños luchaban indomables. Entre los cautivos y muertos cayó un extraordinario gigante nativo, símbolo de la brava *Maho*, aquella que estaba dividida por una muralla ciclópea de más de veinte kilómetros de largo. Los dos reinos, el de *Maxorata* y el de *Jandía* eran regidos por Guise y Ayose respectivamente. Continuas algaradas se sucedieron en el pasado entre los moradores de los dos territorios a causa principalmente de los pastos que eran más abundantes en el Sur que en el Norte, pero todos los isleños se habían aunado para oponerse con fiereza al invasor. Y dos mujeres, madre e hija, llamadas Tibiabin y Tamorante, adivinas o sacerdotisas del culto y supuestas allegadas del cielo, tenidas en mucha estima por el pueblo de *Maxorata*, hicieron un vaticinio y una advertencia: Que por la mar llegarían muchas gentes en són de paz, a las que

deberían acogerse para que les orientasen y ayudasen en la consecución de una mejor vida libre de pertinaces ataques de piratas; si no acataban a aquellos seres, la isla desaparecería.

Y así, Guise, el de *Maxorata* se entregó con su pueblo a Juan de Bethencourt, quien los acogió favorablemente y al poco tiempo logró convertirlos al cristianismo, bautizándolos e imponiéndole al rey el nombre de Luis.

El pueblo de *Jandía*, amparado en la escabrosidad de sus montañas se negaba a pactar con el normando. Y las escaramuzas por ambos bandos continuaron constantes. En cierta ocasión, una cuadrilla de isleños acosados se ocultó en fragosas grutas para esquivar a la compañía que iba batiendo el terreno. Un niño, mordidas sus desnudas carnes por el cierzo, lloró; y en la noche resonó delator su llanto como un clarín. La madre lo tapó frenética, temerosa, pero ya era tarde. La tropa invasora había descubierto el escondite e hizo numerosos prisioneros entre los que se contaba a una mujer enloquecida de dolor porque había asfixiado a su pequeño hijito al tratar de acallar su llanto.

Ayose, rey de *Jandía*, flaqueaba en su resistencia al conquistador. Cada vez iban quedando menos hombres para defender la libertad del reino. Las armas del invasor eran terribles y eficaces. Los ganados de cabras, antes tan numerosos, estaban diezmados. Las montañas de La Punta ya no eran obstáculo para el

avance de los tenaces extranjeros... Y (Ayose se rindió, pactando la paz.) Fue bautizado con su pueblo por los abates franceses, imponiéndole a él el nombre de Alfonso. Era el año de gracia de 1404.

Juan de Bethencourt mandaría edificar una capilla en el centro de la isla, bajo la advocación de Santa María. Nuestra Señora de Betancuria.

Y Fuerteventura, al igual que Lanzarote, cayó en el vasallaje que duraría siglos. La Historia de la Conquista de las Islas Canarias ya tenía otro jalón más en su avance inexorable.



BATALLA DE ARGUINEGUIN Y BAUTISMO DE LA GRAN CANARIA

Según bien comprobaran los franceses en repetidas correrías por las cálidas aguas del archipiélago, las islas de mayor relieve y extensión prometían más y mejores botines que las ya ocupadas. Sobre todas, atraíale a Juan de Bethencourt la cercana Canaria, la de las Selvas Tenebrosas, la más poblada y una de las más indómitas.

En una madrugada de otoño abandonó el normando su fortaleza de Fuerteventura y con tres navíos bien pertrechados tomó rumbo a la isla de sus deseos. Mas el bonancible tiempo reinante se transformó en aparatosa tormenta y las naves se dispersaron; una fue a parar a la altura de La Palma, la otra retrocedió a las costas de Fuerteventura y la tercera se mantuvo costteando la isla Canaria. Una vez retornada la calma y reunida la embarcación que se acercara a Fuerteventura con la comandada por Bethencourt, se logró atracar en el Sur de la isla, por Arguineguín.

La desembocadura de un enorme barranco que entre monstruosos cortes descendía desde las macizas montañas centrales, se prestaba para el avance de la tropa invasora. Parecía deshabitada la comarca y los soldados se confiaban, felicitándose ya por lo fácil que estaba resultando la empresa tan temida anteriormente.

Pero los canarios, bien escondidos entre los riscos y en las montañas, habían presenciado el desembarco. El Gran Artemis, de la dinastía reinante de los Semidanes, colocó adecuadamente las fuerzas isleñas y en cuanto vio llegado el momento oportuno, las lanzó de improviso contra la hueste extranjera.

La batalla fue de corta duración pero cruenta, pereciendo mucha gente por los dos bandos. Entre los normandos caídos figuraba Aníbal, el hijo bastardo de Gadifer de la Salle, que todavía defendía la oposición en las islas y que murió, como tantos otros en aquel aciago día, presa de su desmedida audacia.

Los canarios, victoriosos, vieron embarcarse precipitadamente a los extranjeros; pero no celebraron este triunfo como en anteriores ocasiones con gritos de júbilo, sino con lamentos. El caudillo, campeón de la independencia de la patria, el Gran Artemis, falleció a causa de numerosas heridas recibidas en la refriega. Abandonó a Tamaran *La Indómita*, cuando más falta le hacia su inteligente estrategia.

Dícese que en tanto se retiraban de la costa los navíos con las huellas de la derrota sufrida en la abatida gente, Juan de Bethencourt se asomó pensativo y admirado a la torreta del puente de mando de su embarcación y llamó repetidamente *Grande a Canaria*, por la gran audacia y gran valentía de sus habitantes naturales. Y desde entonces, por *Gran Canaria* se conoce a la que fue durante mucho tiempo inexpugnable Isla.

LA CONQUISTA DEL HIERRO

Según escribieron algunos cronistas antiguos, parece ser que la conquista del Hierro fue en principio bastante fácil para Juan de Bethencourt porque los habitantes de Esero eran gentes sencillas, de muy primitivas y tranquilas costumbres, sin apenas disponer de armas ofensivas, como no fuesen los báculos de que se ayudaban en sus labores de pastoreo. Muchos años antes de la llegada del caballero normando, un viejo santón o adivino llamado Yoñe hizo una profecía: Que un día glorioso llegaría por las aguas una gran casa llena de seres enviados por el dios *Eraoranzan* entre los cuales, él mismo vendría. Dijo además Yoñe que cuando, después de su muerte, sus huesos se hubiesen convertido en polvo, la profecía había de cumplirse y que el pueblo tenía que aceptar obedientemente a *Eraoranzan* y sus acompañantes, que la felicidad futura de la isla venía con ellos.

Y pasaron muchos años después de muerto el adivino y sus palabras quedaron grabadas en la memoria del pueblo bimbache. Los piratas hicieron numerosas apariciones por aguas del archipiélago y entradas rapaces en la isla, sin parecer cumplirse lo predicho por Yoñe. Pero, un día...

Las albas velas de los navíos de Juan de Bethen-

court aparecieron en el horizonte. El intento de posesión de la isla Canaria había fallado y el normando tenía ansias y necesidad de acrecentar sus dominios. El Hierro, de corta extensión y escaso número de habitantes fue un eslabón más en la cadena de conquistas bethencurianas.

Los conquistadores atracaron en la rada de *Te-corone*, hoy Puerto de Naos. Fue la astucia de los extranjeros la que operó en aquella ocasión. Augueron, nativo de la isla, raptado y vendido anteriormente como esclavo por los aragoneses, llegara a poder de Juan de Bethencourt al que confió ser hermano de Armiche, rey de la isla de Esero. También debió de hablarle de la tradición profética del difunto Yoñe. Y resultó ser el mejor embajador del francés para seducir con promesas a su hermano y paisanos que se entregaron sumisamente. El engaño imperó allí y Armiche mismo terminó cautivo del conquistador.

Hubo, sí, una oposición que en principio se disimuló, cuando los extranjeros fueron tomando completa posesión de la isla, quedándose en ella una pequeña guarnición a la espera de los colonos que llegasen posteriormente para incorporarla plenamente a las otras del Señor de Las Canarias.

Los huesos de Yoñe se habían convertido en polvo y ante los bimbaches su profecía se cumplió. Pero la oposición al invasor creció cuando las imposiciones de aquéllos aumentaron.

Había en el Hierro un árbol mítico al que los isleños llamaban *Garoé*, teniéndolo por milagroso. A pesar de lo fragoso de la isla, o tal vez a causa de ello, los manantiales de agua escaseaban. Mas un prodigio como el del *Garoé* favorecía a aquellos sencillos indígenas desde tiempos inmemoriales. El *Garoé* era corpulento árbol de la especie de los tiles que crecía pegado a gran frontón de piedra, en lo más profundo de un barranco abierto al mar. Los nativos recogían diariamente de entre las ramas del frondoso árbol, destilada, agua suficiente para ellos y sus ganados. Para que tal portento se realizase sucedía que todas las mañanas subían por el barranco densas nieblas que empujadas por las suaves brisas marinas llegaban al *Garoé* y se quedaban prendidas de sus ramas y destilaban gota a gota, abundantemente, agua de entre las hojas y las ramas. Este maravilloso árbol que tuvo parte activa en la historia de la isla, cargado de años y minadas y secas sus raíces, allá por el siglo XVIII, se abatió a la fuerza de destructor huracán.

Cuando se quedaron los extranjeros, la oposición latente, aunque no abierta a aquella profetizada invasión, disimuló con ramajes al Arbol Santo, tratando de conseguir así que no encontrando agua en la isla, pronto la abandonasen aquellas gentes venidas de más allá del mar, sin necesidad de derramar sangre, como se les tenía por ancestrales leyes prohibido. Mas no se contó con el amor, porque, según asegura la tradición, una hermosa isleña se enamoró de un arrogante con-

quistador y en momento de debilidad descubrió el ardid del *Garoé* y su singular anécdota, cuando ya aquél parecía que iba a dar resultado. Hubo encarnizadas peleas entre los abiertamente enfurecidos bimbaches y los hombres que al mando del capitán Lázaro Vizcaíno se acantonaban en la isla. Y los invasores terminaron siendo exterminados sangrientamente.

La revuelta fue duramente castigada al tenerse noticias de ella y el mayor escarmiento el cautiverio masivo de sus habitantes para ser vendidos como esclavos, quedando casi despoblada la isla.



MACIOT DE BETHENCOURT Y SUS VENTAS DE LAS ISLAS

Juan de Bethencourt, después de haber roto la sociedad establecida con Gadifer de la Salle, estuvo en sus posesiones de Grenville, en Normandía, rescatándolas de la hipoteca que sobre ellas pesaba, tal como algunos de sus biógrafos afirmaron. Allí fue recibido como un héroe y los festejos llevados a cabo en su honor, causaron época.

Tras haber pasado unos meses de regocijos reunió navíos y hombres retornando a las islas ávido de conquista. No obstante, al poco tiempo de estar en Canarias otra vez, sintiéndose acaso ya anciano y cansado, desilusionado con la multitud de trabas que al conquistar palmo a palmo su señorío le estaban surgiendo decidió volver a Francia. Quizás el recuerdo de su jover esposa quedada en Normandía, avivó nostalgias.

Arregló todo lo concerniente para que se le tuviese siempre al tanto de la conquista y estado de las islas y al corriente en el pago de los derechos que por el señorío le pertenecían. Nombró como apoderado o lugarteniente a su sobrino Maciot de Bethencourt y se retiró definitivamente a su tierra de origen, en donde falleció allá por el año 1425.

Maciot de Bethhencourt, despótico capataz de su pariente y señor, pronto se hizo impopular y odioso, no solamente entre los isleños, sino también entre sus paisanos normandos y los ya numerosos castellanos llegados últimamente para colonizar las tierras conquistadas.

Parece ser que Maciot estaba casado y tenía dos hijas, mas ello no fue óbice para que mantuviese amores con una princesa lanzaroteña, la hermosa Teguisse de quien tuvo una hija que dejó dilatada descendencia.

El nuevo obispo de la recién fundada diócesis canariense de San Marcial del Rubicón, fray Mendo de Viedma, ante los abusos y desmanes de Maciot, que llegó en su soberbia al extremo de hacerse nombrar caballero, terminó enviando graves acusaciones contra él a doña Catalina y don Fernando de Antequera, madre y tío regentes del menor Juan II de Castilla, quienes recabaron explicaciones al déspota normando. No debieron de convencer las excusas argüidas, porque Maciot hubo de acudir, conducido por Pedro Barba de Campos, a Sanlúcar de Barrameda a deponer ante el Conde de Niebla que entendía el proceso. El señorío de las Canarias fue vendido allí al propio Conde, que pronto facilitó auxilios para la continuación de la Conquista, dejando a Maciot como gobernador de las islas en vías de colonización.

En el año 1430, don Enrique de Guzmán, Conde de Niebla, vendió sus derechos sobre las Canarias a

Guillén de Las Casas, siendo testigo de esta venta el gobernador Maciot.

Pero el fin de los Bethencoures al mando de las islas poco había de tardar en llegar. Como Maciot continuase con sus habituales desmanes y soberbios planes, Guillén de Las Casas invadió a mano armada Lanzarote y Fuerteventura, matando o aprisionando a los validos del francés y éste huyó precipitadamente a la Gomera, pasando después al Hierro y por último a Lisboa bajo el amparo de su poderoso amigo don Enrique el Navegante, Infante de Portugal, a quien terminó vendiendo ilegítimamente su supuesto señorío sobre Lanzarote, del que no disponía y cuya acción causaría a Castilla grandes problemas andando el tiempo. Posteriormente residió Maciot, con parte de su familia, en Las Madeiras, desapareciendo completamente su funesto poder de las islas Canarias.



FERNAN PERAZA EL VIEJO.

EN CANARIAS

Guillén de Las Casas, tras algunas correrías por las aguas del archipiélago y entradas infructuosas en las islas insumisas, murió en Sevilla dejando dos hijos: Guillén e Inés de Las Casas, casada ésta con Fernán Peraza El Viejo. El varón cedió o permutó con la hembra sus derechos a las islas Canarias y poco tiempo después, Fernán Peraza acompañado de su joven hijo Guillén Peraza de Las Casas, con tres navíos bien abastecidos, soldados castellanos y naturales reclutados de las islas menores, se aprestó para continuar la conquista que iniciaran reiteradamente sus predecesores en el señorío.

Empezó por (la Gomera) Hubo cronistas que escribieron diciendo que Juan de Bethencourt había ya conquistado la isla de la Gomera, pero hoy en día se duda mucho de la veracidad de esta afirmación. Si así fuera, los gomeros lograrán sacudirse todos los yugos que se les intentara poner en el pasado. De todas formas, debido a las incursiones habidas en aquellos últimos cuarenta años, pues parecía ser la isla preferida de los piratas y esclavistas, la población de los cuatro

distritos de que se componía, era escasa. Y Fernán Peraza, una vez ganada la sumisión definitiva a punta de lanza, se instaló en ella y continuó, y aún aumentó, tan inhumano comercio, mandando a centenares de nativos a los puertos de Sevilla y Valencia. Construyó una torre presidio que servía para almacén de esclavos y fortaleza defensiva llegado el caso, pues los gomeros no aceptaron de buen grado al castellano, hostigados algunos de los distritos por enviados del intrigante Infante de Portugal.

De la Gomera se dispuso Fernán Peraza a la conquista de la fértil isla de La Palma, a la que atacó por la parte de Tazacorte, una vez lista la armada expedición.

Por terrenos de Tihuya se desarrolló la sangrienta pelea. Al frente de la caballería había puesto a su hijo Guillén y él dirigió a los infantes. Mas los benahoaritas supieron defender la independencia de su patria como en anteriores ocasiones y concedores perfectos del fragoso terreno, rechazaron enérgicamente al invasor, causándole muchos estragos. Entre las muertes allí habidas, no fue la menos llorada la del joven Peraza. Unas endechas que han llegado hasta hoy cantan el romance:

«Llorad las damas,
así Dios os vala:
Guillén Peraza
quedó en La Palma
la flor marchita
de la su cara.
No eres Palma,
eres retama,
eres cipres
de triste fama;
eres desdicha,
desdicha mala.

Tus campos sangran
tristes volcanes,
no vean placeres
sinó pesares,
cubran tus flores
los arenales.
Guillén Peraza,
Guillén Peraza,
¿dó está tu escudo?
¿Dó está tu lanza?
Todo lo acaba
la mala andanza».

Siguió Peraza *El Viejo* con sus razzías asoladoras por todo el archipiélago, apresando y vendiendo a los infelices nativos, tanto en los puertos peninsulares que se dedicaban al negocio, como a los barcos que cual tiburones hambrientos infestaban las aguas de las Canarias en aquellos calamitosos años. Principalmente la Gomera y el Hierro, que ya se estaban colonizando, quedaron casi despobladas de aborígenes.

Fue por el año 1448 cuando el intrigante Maciot vendiera al Infante portugués sus supuestos poderes y señorío de Lanzarote. Don Enrique determinó enviar a la isla dos navíos con gentes de armas, gobernador, alcalde, escribano y recaudador que se instalaron allí por la fuerza y continuaron fomentando abiertamente a constante rebelión en la isla de la Gomera entre los escasos nativos y los colonos que vinieron a repoblarla.

Fernán Peraza acudió a Juan II quejándose de los abusos portugueses. Y entre los soberanos de Cas-

De la Historia de Canarias

tilla y Portugal se entablaron polémicas que atirantaron al máximo las relaciones de ambos reinos peninsulares. Durante varios años se discutió la soberanía de las Canarias, hasta que una Bula papal de Nicolás V indicó a Portugal, como zona de dominio, las costas occidentales de Africa hasta más allá del Trópico conocido y a Castilla le confirmó el usufructo del Archipiélago Afortunado. Durante estas reyertas y revuelos políticos, en los cuales los portugueses fueron violentamente expulsados de Lanzarote por isleños y colonos, murió Fernán Peraza después de haber arrasado literalmente las islas menores. Dejó como heredera a su hija doña Inés Peraza de Las Casas, unida en matrimonio al caballero sevillano don Diego García de Herrera.

3

*DIEGO GARCIA DE HERRERA
E INES PERAZA, SEÑORES
DE LAS CANARIAS*

El matrimonio Herrera Peráza se tomó con decisión la tarea de la conquista de las islas Canarias. Con gran aparato de navíos, gentes, armamento y artículos para la colonización posterior de los territorios sojuzgados, se trasladó de Sevilla a Lanzarote, colonia recién liberada de la opresión portuguesa. Y allí montaron su feudo permanente.

Entre los años 1455 y 1477, Diego García de Herrera hizo varias incursiones con poca fortuna a las islas mayores aún independientes.

En el año 1461 desembarcó el castellano cerca del actual puerto de las Isletas, en Gran Canaria; mas, asustadamente, no se presentó ofensivo a los nativos que en gran número acudieron como en anteriores ocasiones, prestos a la defensa de la libertad de su país. Por medio de intérpretes y ayudado del obispo don Diego López de Illescas, pidió establecer amistosas y cordiales relaciones recíprocas. Y allí tomó el de Herrera posesión simbólica de la isla, «un miércoles, 14 de agosto». Poco después, en otro pacífico contacto con los canarios, consiguieron los castellanos autorización y aún

ayuda para construir lo que andando el tiempo sería la célebre Torre de Gando.

En el año 1464, acompañado una vez más del obispo López de Illescas, desembarcando cerca de quinientos hombres de los tres navíos en que viajaban, puso Diego García de Herrera su planta en Tenerife, por el lugar denominado El Bufadero, cercano a la actual Santa Cruz. Fueron los invasores recibidos con cierta hostilidad por los intrépidos guanches; mas también allí hubo buenas razones y marrullerías a través de los intérpretes y se tomó posesión de la isla, reflejándose el hecho en el célebre *Tratado del Bufadero*.

Fue en aquellas fechas cuando se pasó al bando cristiano el nativo conocido al bautizarse por Antón Guanche. En el puerto de Añaza, contando con el consentimiento del Mencey Serdeto, se alzó a poco una torre fortaleza que, como la de Gando, ejerció de cabeza de puente para las conquistas de los Herrera.

Muerto Juan II, heredó el trono de Castilla Enrique IV, quien, débil de carácter y ante presiones lusitanas fomentadas por su propia esposa, otorgó derechos de conquista de las islas Canarias libres, a dos caballeros de Lisboa que se apresuraron a su vez a enviar al archipiélago una armada al mando de Diego de Silva.

El rey, reconvenido acerbamente por los Herrera y nobles de la corte, rectificó su anterior y arbitraria

concesión mas el portugués Silva, ya dado a la mar en dirección a la Gran Canaria, torció su rumbo, se armó en corso y atacó a Lanzarote y Fuerteventura, de cuyas islas fue decididamente rechazado. Volviendo a su primitivo proyecto, se aproximó con su gente y navíos a la Gran Canaria y fondeó en Gando, adueñándose por sorpresa de la fortaleza que gobernaba Pedro Chemida, causando en ella grandes destrozos y apresando a sus defensores. Desde allí, por el barranco que aún lleva su nombre, llegó a Telde, en donde hizo amigos entre los canarios y construyó un oratorio cerca de Tara.

Diego de Silva, poderoso, pidió a Diego García de Herrera rescate por los guardianes de la Torre de Gando pero terminó al cabo pactando con él, de quién fue yerno al casarse con su hija la hermosa doña María y tomar así «cuatro partes de doce en las rentas de las islas colonizadas».



NUESTRA SEÑORA DE CANDELARIA

Allá por el año de gracia de 1390, poco más o menos, acaeció en Achinech un portentoso hecho.

Cierta mañana, unos pastores guanches conducían su rebaño de cabras por una zona costera del Este de la isla, en el término de Güimar, cuando de pronto se les apareció una mujer con un niño en brazos y vestida de largos y extraños ropajes, que en medio del camino despedía una gran luminosidad espantando al ganado. Aunque atemorizados, los pastores intentaron de aquella extraordinaria mujer que se retirase, mas nada conseguían; y cuando le pusieron amenazadores la mano encima, fueron misteriosamente heridos. Presas del pánico abandonaron el rebaño y acudieron a relatar el portento al Mencey del término. Al oírles, se llegaron al barranco guanches en gran número y como nadie se atrevía a tocar a aquella resplandeciente mujer, hubieron de hacerlo los mismos pastores que primeramente la encontraran, viéndose inmediatamente curados de sus heridas. Quisieron trasladar a la Señora a otro lugar, pero antes de recorrer más de doscientos pasos, se tornó la imagen tan pesada que resultaba imposible moverla. A grandes voces pidieron los admirados guanches se dejase llevar a una cueva cercana y otra

vez se volvió ligera para el transporte. Fue entronizada sobre profusión de pieles blancas y adorada de todos los isleños.

Muchos años más tarde, estando ya Diego García de Herrera en las islas, su hijo Sancho Herrera como alcaide de la torre de Añaza, oyó hablar de la extraordinaria imagen y solicitó verla, reconociendo en ella a la Virgen María con su Hijo. Pidió el castellano a los guanches que se la cediesen, cosa que éstos rechazaron energicamente. Entonces, haciendo una vez más uso de la astucia, la robaron los conquistadores una noche y en ligero navío la trasladaron a Lanzarote, poniéndola en la iglesia de San Salvador, recientemente erigida, para allí venerarla como era conveniente. Y otro portento se sumó entonces a los ya conocidos; todas las mañanas aparecía la sagrada imagen vuelta hacia la pared por más que la colocasen en su posición normal, de frente al pueblo orante. Entendiendo al fin los cristianos que la Virgen estaba enojada con ellos, decidieron devolverla a la isla de Tenerife, lo que prestamente hicieron. Y cuando ya el navío que la transportaba se hallaba anclado frente a las playas de Güimar, Antón Guanche, que iba en la expedición, dijo a sus paisanos el motivo del viaje. Los guanches aseguraron que la imagen nunca había salido de la cueva *Avehon*; pero cuando, para convencer a los castellanos, acudieron a ella, encontraron el altar vacío y prorrumpieron en grandes lamentos. Ya nunca más volvió a salir en contra de su voluntad la imagen de aquella Señora que los

De la Historia de Canarias

guanches llamaron *Chaxiraxi*, que quería decir: *La que carga al que tiene el mundo*.

Por la candela que la Virgen mostraba en una mano, así como por los extraordinarios goterones de cera que aparecían alrededor de la cueva en determinadas épocas del año, se la llamó luego: *Nuestra Señora de Candelaria*, entronizándola como Patrona del archipiélago canario.



CANARIOS PREHISPANICOS CELEBRES

En Gran Canaria, la Tamaran de las Selvas Tenebrosas, hubo antes y en tiempos de la Conquista personajes famosos, de nombradía; y los ecos de sus hechos han llegado hasta nosotros a través de las primeras crónicas. La dinastía de los Semidanes, reinante desde mediados del siglo XIV, había sido fundada con la unión de la sabia Atidamana y el valiente Guimidafe —hermosa ella, jorobado él—, que reunieron bajo un cetro o magado real común a los distintos cantones en que anteriormente estuviera dividida la isla. De ellos hubo un hijo que fue Artemis Semidán, el Gran Artemis, aquel valiente caudillo muerto gloriosamente en la famosa batalla de Arguineguín. Descendiente suyo, entre otros, fuera Tagother Semidan que dividió la isla en dos reinos a su muerte, quedando como Guanarreme de Gáldar: Guanache Semidan y de Telde: Bentagache o Ventagoo, cuyos cargos y nombres figuraron en el acta del pacífico hecho de la toma de posesión de la isla Canaria por Diego García de Herrera en el año 1461. Sucesora de Guanache fue la princesa Guayrmina, bajo la regencia de su tío Tenesor Semidan. En Telde, habiendo muerto Bentagache, quedaron dos pequeños príncipes como herederos del trono: Tazar-

tico y Mesequera. Tazartico, al decir de modernos investigadores, fue el luego llamado Bentejuí al riscarse, abrazado del Faycan Faya, cuando acabó la independencia de siglos de la isla. Un adalid canario, el héroe Doramas, que había llegado a la cima de la popularidad, se nombró a sí mismo regente de Telde, entregando a los pequeños herederos a su tío el Guanarteme de Gáldar.

Doramas, cuyo nombre, «quiere decir *narices*, porque las tenía muy anchas», perteneciendo a la casta inferior de los trasquilados, había sido pastor en su infancia, mas su bravura, inteligencia y decisión le llevaron a ser el caudillo de los canarios. En los altos de Moya tenía su vivienda y lo que hoy se llama *Los Tiles*, fue la famosa y encantadora selva que le dio cobijo y donde reunió a la numerosa cuadrilla que mandaba y que corría libremente toda la isla. Se dice de este caudillo que sin ser alto, era musculoso y robusto y para estar siempre preparado como guerrero se pasaba horas y horas practicando con sus armas, abrazado a grandes troncos o rocas forcejeando con ellos, ejercitando la ancestral lucha canaria, etc. Su manera de hacer prosélitos entre sus paisanos era usando la franqueza y la valentía.

Cuéntase que había en Gáldar un noble llamado Bentaguayre que estaba celoso de la nombradía del héroe y un día lo acechó en un camino y lanzándole un puñado de tierra a los ojos, lo atenazó con sus potentes

brazos, arrojándolo al suelo e inmovilizándolo. Doramas, ante aquel repentino ataque, solo pudo preguntar sofocado que quien así, a traición le vencía. Arrogante su contrario le exigió que intentase darse a conocer él primero. La contestación de Doramas fue que él era un trasquilado, que por méritos propios había llegado a ser capitán de los canarios, para así mejor defender la independencia de Tamaran; que reconocía el poder del enemigo que lo apresaba pero que lucharía con él cara a cara cuando quisiese. Esta franca respuesta ganó al celoso Guayre que, de allí en adelante, fue gran amigo de Doramas, poniendo su potente brazo al servicio de éste.

Hubo en el término de Gáldar un isleño famoso, también noble, valiente y esforzado, gran luchador, que se llamaba Guanaben. Tuvo en cierta ocasión diferencias con otro bravo guerrero llamado Caytafa, diestro luchador asimismo. En una de las reuniones que los canarios solían celebrar, se desafiaron ambos públicamente. Como al cabo de varias horas de lucha no había forma de que uno venciese al otro, Guanaben retó a Caytafa a si haría lo que él mismo hacía; y se arrojó por un impresionante risco siendo inmediatamente imitado por su rival.

Otro isleño célebre fue Adargoma, cuyo nombre significaba *espaldas de risco*, aquel que en un desafío de poder a poder venció a su contrario pero no lo confesaba a quien le preguntase sobre el resultado de la

pelea pues era mucha su nobleza. Era tan forzado que en una ocasión mató de una pedrada en el pecho al no menos poderoso y célebre Benhaor. También fue aquel personaje que cuando cayó herido y prisionero de los castellanos y trasladado a Castilla, causaba sensación en todas partes por sus prodigiosas fuerzas. Dícese que estando en Sevilla, un matón conocedor de la fama del canario, acudió a su presencia pretendiendo medirse con él. Adargoma accedió, siempre y cuando el matón lograra impedirle que bebiese el jarro de vino que tenía en la mano. Por más que el jaque forcejeó, no logró su propósito y el isleño apuró el jarro hasta la última gota tranquilamente, alejándose confuso y corrido su pretendido contrincante.

Maninidra, Guayre de *Las Cuatro Puertas*, de Telde, era otro de aquellos célebres canarios, quien derrotó numerosas veces a los invasores de su patria, destacando su triunfo sobre los castellanos en Gando, cuando la destrucción de la torre y su lucha heroica en la batalla del Guiniguada; quien una vez cristiana la isla, se alió a los conquistadores y bautizado como Pedro Maninidra estuvo en la conquista de Tenerife bajo las órdenes de Fernando Guanarteme y Alonso Fernández de Lugo, respondiéndole a éste en ocasión de hallarse dispuestos a enfrentarse contra el aguerrido ejército guanche y cuando le preguntó porque temblaba: *Tiemblan las carnes ante el arrojo a donde vá a meterlas el corazón*. Murió posteriormente en una de

las entradas que los castellanos hicieron en las costas de Berbería.

Y otro famoso fue el héroe Tasarte, que tuvo en danza a los conquistadores cuando le buscaban afanosos por toda la isla en los últimos estertores de la independencia de la misma. Y Bentagaya, aquél que entró en el Real de Las Palmas diciendo querer hacerse cristiano y que espío detenidamente los lugares más fáciles de asalto en las murallas para noches después penetrar disimuladamente en el Campamento matando a varios hombres y caballos propiedad de Pedro de Vera.

Y otros muchos que se defendieron bravamente hasta la muerte, rechazando la persistente amenaza del pueblo castellano.

En los tiempos de la conquista final eran Guayres de Telde: Maninidra, Nenedra, Bentahey, Bentaguaya, Guarynayda y Autindana; y de Gáldar: Adargoma, Tasatte, Doramas, Tarama, Dayfa y Caytafa.



*INFRUCTUOSOS INTENTOS
DE CONQUISTA EN
GRAN CANARIA Y TENERIFE*

Diego de Silva se quedó en el archipiélago canario después de haber firmado las paces con Diego García de Herrera mediante su matrimonio con la hija de éste, prestando apoyo de navíos, hombres y armamento.

La escuadra luso-castellana acudió primeramente a Tenerife, a consolidar la precaria situación de Sancho Herrera en la torre de Añaza, atacada por los molestos guanches. Después, en tanto Diego de Herrera con el almirante Sardinha hacía una entrada en Gran Canaria por el Norte en el término de Agumastel sin mayores consecuencias, hallando, eso sí, algunos cadáveres de mujeres y niños que prefirieron matarse antes que ser apresados, pasando con hombres y naves a continuación al Sur de la isla para intentar una vez más entrar por Gando, Diego de Silva, conocidos los proyectos de su suegro, desembarcó cerca de Gáldar. No encontró dificultades en su avance y el territorio le parecía desierto, como deshabitado. Pero no era así, pues los canarios le aguardaban emboscados y cuando tuvieron a los castellanos y portugueses en una especie de anfitea-

tro, les cerraron la salida prendiendo fuego a matojos secos previamente preparados. Los invasores, parapetados, sin poder avanzar ni retroceder, pasaron grandes apuros durante dos días y dos noches. Los canarios pretendían exterminarlos por la sed y el hambre, sin trabar pelea directa, y así lo hubiesen conseguido si no ocurriese que el Guanarteme de Gáldar, hombre de bondadoso corazón, se compadeciese de ellos. Envió intérprete con la embajada de que depusiesen los invasores las armas y serían respetadas sus vidas y su libertad: naturalmente, Diego de Silva no creyó en tal proposición. Pero las horas pasaban y la situación en aquel mortal cerco se tornaba cada vez más crítica y angustiosa. Los canarios no cejaban en su permanente guardia y acecho alrededor de los sitiados.

Y el Guanarteme terminó bajando personalmente a parlamentar a través de María Tazirga, canaria, que por haber estado ya en Lanzarote, conocía el lenguaje de los castellanos; reiteró su ofrecimiento en un intento más de evitar el derramamiento de sangre y para mejor convencer a Diego de Silva y sus hombres de la buena fé que lo animaba, se entregó a ellos como rehén.

Una vez remediada en algo la triste situación de los exhaustos invasores, el mismo Guanarteme, con numeroso séquito, los acompañó hasta la cresta de un alto farallón casi cortado a pico sobre el mar y desde donde se divisaban los navíos anclados en la costa, a la expectativa. Castellanos y portugueses creyeron que ha-

bían sido conducidos hasta allí para perecer arteramente riscados. Y furiosos aprestaron sus armas con intención de vender caras sus vidas. Fueron prestamente sacados de su error y la nobleza canaria llegó al extremo de que el Guanarteme ofreciese su brazo a Silva, imitado por sus Guayres y guerreros que lo prestaron a los extranjeros, ayudándolos a descender, sin mayores dificultades, por senderos de cabras, aquellos tremendos riscos.

Al despedirse en la playa, Diego de Silva hizo entrega de su espada dorada al buen Guanarteme y se cambiaron variados presentes entre ambos bandos. Y el capitán portugués juró no volver a luchar contra un pueblo tan noble. Y cumplió su promesa y aún pudo lograr el rescate del mismo Guanarteme o alguno de sus allegados, apresado en una redada realizada días más tarde por Diego García de Herrera, en el Sur de la isla.

Pidiendo a su suegro lo que le correspondía de herencia, se trasladó con su esposa a Portugal, en donde, con el título de marqués de Portoalegre, ayudó, siempre que pudo, a los canarios que continuaban llegando cautivos de las islas para ser vendidos como esclavos en los mercados peninsulares.

Los canarios estaban molestos porque los castellanos no cumplían lo pactado y desde la torre de Gando corrían la tierra, apropiándose de ganado y otros víveres, raptando en cierta ocasión a varias isleñas nobles que no quisieron devolver. Al mando de Manini-

dra, atacaron unos cuantos naturales la fortaleza y salieron huyendo cuando los castellanos repelieron el ataque y los persiguieron alegremente por vaguadas y barrancos, en donde esperaba emboscada la mayoría canaria. Muertos los incautos atacantes, se vistieron con sus ropajes algunos canarios y regresaron corriendo a la torre cuyas puertas se abrieron confiadamente, entrando así la gente de Maninidra en pleno, haciendo prisionera a la guarnición.



ISLAS REALENGAS

E ISLAS DE SEÑORIO

En Tenerife, los castellanos, al igual que en la Gran Canaria, tomaban mucho ganado y otros productos del país; ante lo cual Serdeto, Mencey de Anaga, solicitó reiteradamente la entrega de los ladrones, tal como en los pactos llevados a cabo se estipulaba; pero Sancho Herrera no accedía a ello. En cambio, unos guanches que hicieron cierto delito fueron ahorcados de inmediato por los habitantes de la torre de Añaza. Y los guanches, ante esta arbitrariedad, se levantaron en armas y arrasaron la torre. Y mal lo hubieran pasado los conquistadores si no se acogiesen a la seguridad del navío que reposaba anclado en aguas de la bahía y en el que, pesarosos, se trasladaron a Lanzarote a relatar a su señor lo ocurrido.

En Lanzarote el desasosiego entre los colonos, los indígenas y la tropa iba en aumento porque los Herrera-Peraza acumulaban impuestos y efectuaban constantes levadas para continuar una conquista que se les estaba haciendo honerosa. Hubo quejas a la Corte de Castilla, en donde ya reinaba Isabel, casada con Fernando de Aragón. Los Reyes Católicos comprendieron que había llegado la hora de la intervención directa de la Corona en los destinos del archipiélago canario.

El pesquisidor de la Corte, Esteban Pérez de Cabitos estableció en Sevilla un tribunal para estudiar las medidas oportunas, siguiendo órdenes de los soberanos. Y de los resultados de la famosa Información se concretó la idea de Isabel I de comprar para la Corona los derechos de conquista de las tres islas mayores, todavía insumisas.

El día 15 de octubre de 1477, Diego García de Herrera, a cambio de cierta cantidad de dinero, hizo cesión a los reyes de sus derechos sobre Gran Canaria, Tenerife y La Palma. Lanzarote, Fuerteventura, la Gomera y el Hierro quedaron como territorios feudatarios, en cuyo estado persistirían por muchos años, durante siglos de olvido y abandono. Las tres islas de mayor relieve fueron a partir de dicha fecha, islas Realengas.



EL REAL DE LAS PALMAS Y BATALLA DEL GUINIGUADA

Con muy buen criterio político, los Reyes Católicos, que ya andaban en la tarea de sentar las bases para el futuro Imperio Hispánico, decidieron dar un impulso definitivo a la conquista de las islas Canarias que se estaba prolongando demasiado. Aportando potencial humano y material abundante y efectivo, con las concesiones precisas concedidas mediante Real Cédula de 13 de mayo de 1478, la magna empresa se puso en marcha.

El 24 de junio del mismo año, amanecía en el natural Puerto de las Isletas la expedición organizada, al mando de la que venían, en lo espiritual: el deán del Rubicón don Juan Bermúdez y en lo material: el general Juan Rejón. Sin oposición por parte de los canarios, después de oír misa en improvisada capilla, erigida en el lugar en que más tarde se levantaría la iglesia de Nuestra Señora de La Luz, la tropa castellana avanzó por el dilatado litoral en dirección al Sur pensando en hacer campamento por tierras de Gando, que ya algunos de los expedicionarios conocían por haber estado en la isla con Diego García de Herrera.

Al llegar a la desembocadura del Guiniguada, algo obligó a detenerse a la expedición. Según cuentan varios historiadores, fue una mujer cubierta de pieles la que,

hablando castellano, se apareció para prevenir de una emboscada preparada más al Sur por los isleños; y aconsejó hacer la acampada allí en donde se encontraban, a orillas de aquel riachuelo. Después de hablar así, desapareció tan repentinamente como se presentara, temiéndola Juan Rejón por Santa Ana, su celestial abogada y patrona. Otros cronistas hablan de un anciano pescador nativo apresado por los soldados castellanos, que fue el que dio el aviso de la emboscada y sugirió el punto idóneo en donde levantar el campamento. Cosa que hizo Juan Rejón alrededor de los pendones de Castilla.

El sitio, un altozano recubierto de profusa vegetación entre la que descollaban palmeras esbeltas, regado por las aguas del Guiniguada y con el mar, buen aliado, a las espaldas, pareció a todos el ideal para hacer fortificación perdurable. En una cueva abandonada erigieron provisional capilla en honor de Santa Ana; y a todo el recinto denominaron *Real de Las Palmas*, siendo así la fundación de la actual ciudad grancanaria.

No tardó el general castellano en establecer contactos con los canarios, a quienes envió un mensajero conminándolos a la rendición y entrega sumisa, pues de lo contrario tenía la intención de arrasar poblados, talar y quemar bosques y matar o esclavizar a todos los habitantes de la isla. Los canarios, al frente de los cuales estaba el adalid Doramas, enviaron espartana contestación diciendo que al siguiente día darían la respuesta debida. Y la respuesta a la osadía del con-

quistador fue un numeroso ejército, la casi totalidad de las fuerzas isleñas que procedentes del Norte, del Oeste y del Sur, convergieron enfrente del Real, en los llanos del hoy barrio de Santo Domingo.

Guayres famosos como Adargoma, Autindana, Bentaguaya y Maninidra secundaban a Doramas en la ordenación de la batalla que inmediatamente dio comienzo, puesto que Rejón y sus tropas ya estaban alerta.

Los caballos, aquellos animales espantosos completamente desconocidos por los canarios, causaron gran desconcierto y temor, pero estos sentimientos fueron pronto dominados por la bravura proverbial de los habitantes de Tamaran. Durante largas horas de sol, polvo y gritaría se luchó con brío, enturbiándose abundantemente las aguas del Guiniguada y las pardas lomas con la sangre derramada. Mas el empuje y supremacía numérica canaria iban poco a poco cediendo y disminuyendo ante el armamento y destreza en su manejo de las tropas castellanas, avezadas en estas peleas a campo descubierto. Y pese al coraje de los guerreros, al valor derrochado y a las rabiosas acometidas y salvajes alaridos de Doramas, los canarios se fueron retirando, más desordenadamente al observar como caían algunos de sus dirigentes, entre ellos el hercúleo Adargoma.

Y la batalla del Guiniguada, la primera derrota notable isleña, quedó ganada por los castellanos, presagio funesto de que la libertad secular de la isla llegaba a su fin.

*PEDRO DE ALGABA, MAS
BATALLAS Y DESAVENENCIAS
EN EL REAL*

✓ Hubo en los meses siguientes sangrientas escaramuzas con suerte varia, pues si bien los intrépidos nativos derrotaban en hábiles emboscadas a las tropas castellanas, las constantes batidas de éstos, dadas por diversas zonas de la Gran Canaria, menguaban los efectivos isleños. Como a causa de la guerra no se sembraba ni se pescaba libremente, escaseaba la comida y los rebaños tenían que ser confinados en las zonas más altas de las montañas, para evitar que se apoderasen de ellos los invasores. ✓

✓ Al mismo tiempo, entre los castellanos las cosas no marchaban como fuera de desear. ✓ El deán Bermúdez intrigaba contra Juan Rejón que era muy popular entre la tropa. Y a tanto llegaron aquellas maniobras de mútuo recelo, de quejas y amenazas que, sabedores de todo ello, los Reyes Católicos enviaron a Pedro de Algaba a sustituir al general Rejón y éste fue devuelto preso a Sevilla a deponer de las acusaciones que se le hacían.

Pero el gobernador Pedro de Algaba, en lugar de hacer desaparecer las desavenencias surgidas, las aumentaba con su equivocada política favoritista; y el

descontento general entre los habitantes del Real era cada vez mayor.

Para entretener a la tropa, se organizaron algunas expediciones a las aún inexpugnables montañas y se desarrollaron batallas en diversos puntos de la isla, tales como la de Moya, en la que mal lo hubiesen pasado los castellanos, ya rodeados completamente en un barranco, si las voces de aliento de un bravo soldado, Lope Hernández Guerra, no hiciesen prender el fuego del amor propio y el del empuje de la raza hispana, en aquellos hombres que, reaccionando, infligieron una gran derrota al enemigo.

Otra también famosa fue la batalla de Tirajana. Con Pedro de Algaba, o por aquellas fechas, llegó a las islas el capitán Pedro Hernández Cabrón, quién comandó pronto una expedición por el Sur de Gran Canaria en demanda de aprovisionamientos que ya escaseaban en el Real de Las Palmas. Costeando con dos navíos cargados de soldados, llegaron a una playa entre Gando y Arinaga y tras echar las anclas, la tropa desembarcó sin hallar oposición. Fue sorprendido y cuatreado un pequeño rebaño de cabras; y saqueado por completo un poblado precipitadamente abandonado a la temerosa vista de la invasión.

El capitán Pedro Hernández no conocía la isla y menospreciaba a sus intrépidos defensores. Dio orden de avanzar hacia una gran *caldera*, la de Las Tirajanas, que se ofrecía fértil y tentadora en su inexpugnable zo-

na montañosa. Uno de los canarios, ya bautizado y convertido en aliado e intérprete de los castellanos, le hizo ver el peligro que corrían en adentrarse por aquellos fragosos terrenos, propicios a las clásicas emboscadas de sus paisanos. El capitán se negó a dar la orden de retroceso, afirmando que él no podía temer enfrentarse a salvajes desnudos. Mas le valiera no haber juzgado tan a la ligera a aquellos salvajes desnudos porque, efectivamente, en las primeras estribaciones de las montañas, una numerosa partida de nativos, al mando del Faycan Faya y del Guayre Armide Iacocon, se lanzó sobre la arriesgada tropa invasora y en el poco tiempo que duró la cruenta refriega perecieron más de veinte castellanos, cerca de un centenar hubo de retirarse descalabrado y en desbandada y unos ochenta fueron hechos prisioneros, no sin que antes Pedro Hernández recibiera en plena boca tan tremenda y certera pedrada que se le quebraron varios dientes y muelas. Este capitán regresó a Sevilla en el primer navío que hizo la travesía, «fastidiado y sin dientes; renegando de la Conquista y de los salvajes desnudos».

Mal lo hubiesen pasado los ochenta prisioneros de no mediar especiales circunstancias. Llevando ya cautivos muchos días, debido a la escasez de alimentos imperante, se pensó en deshacerse de ellos. Doramas, como jefe de los canarios, propuso el ajusticiarlos, cortándoles las cabezas para mandarlas como escarmiento al Real de Las Palmas; pero Armide Iacocon, Guayre

de Tirajana, se opuso, secundado por su madre que era una anciana harimaguada muy tenida en estima por el pueblo. Y pese a la oposición de Doramas, los ochenta hombres fueron liberados y acompañados hasta cerca del Campamento.

Parece ser que en todo este suceso hubo intrigas que el historiador Viera y Clavijo en su *Historia de Canarias* nos descubre: «El guayre Aimedeyacoan se compadecía de aquellos cristianos, porque él mismo lo era. Es singular la historia de su bautismo. Al tiempo que Diego de Herrera enviaba sus armadores a Canaria con el designio de ejecutar entradas y correrías, consiguieron éstos sorprender sobre la costa, en el paraje que llaman los Bañaderos, tres isleñas jóvenes y hermosas que se bañaban en las orillas del mar, como lo tenían por costumbre. Una de éstas, moza de 18 años, era hija de Aimedeyacoan y sobrina del Guanarteme de Gáldar. Llamábase Tenesoya Vidina y fue bien recibida en Lanzarote de la señora doña Inés. Maciot Perdomo, de la casa de Bethencourt, se casó con ella luego que se bautizó y tomó el nombre de doña Luisa. Pero como el Guanarteme, su tío, hacía las más vivas instancias por recuperarla, ofreciendo por medio de Pedro Chemida 113 cautivos cristianos por su rescate, se creyó conveniente restituirla a su patria, bien instruída de lo que debía ejecutar. Apenas se concluyó ese canje y aportó a Gáldar doña Luisa de Bethencourt, acompañada de su criada Tazirga, se conoció que no era la misma Tenesoya que había salido de Canaria. Lo primero que hizo fue instruir a su padre en la

religión y bautizarle. Lo segundo, huírse a favor de la noche de su casa, asistida de sus antiguas confidentes, encaminarse con ellas a las playas y embarcarse en una carabela, en que la había esperado su marido».

Esta fue pues la causa de que madre e hijo, poniéndose previamente de acuerdo, abogaran y consiguieran la libertad de los ochenta prisioneros castellanos que iban a ser inmolados.

Juan Rejón, una vez aclarada su situación ante la Corte, volvió a Gran Canaria dispuesto a proseguir al frente de la conquista de la isla y a castigar a los intrigantes que trataban de hundirlo. Llegó sigilosamente una noche al Puerto de las Isletas en donde le aguardaban prevenidos algunos de sus seguidores, entre los que se contaba su pariente Jaimez de Sotomayor. Con su tropa y aliados rodeó la ermita de Santa Ana y, se dice que en la misma, cuando se estaba oficiando madrugada misa, apresó al gobernador Pedro de Algaba quien, tras un acelerado y rigurosísimo proceso, fue ahorcado en la plaza, a la vista de toda la guarnición, como escarmiento; y se desterró a don Juan Bermúdez a su deanato del Rubicón, en Lanzarote.



LLEGADA DE PEDRO DE VERA Y MUERTE DE DORAMAS

Mas aquellas muestras de severa justicia fueron sonadas y sus lamentos llegaron a oídos de los Reyes Católicos, quienes, para dar nuevo impulso a la estancada conquista, nombraron como general de la misma a Pedro de Vera. Este, con los amplios poderes otorgados, envió una vez más, prisionero, a Juan Rejón a Castilla, pese a la oposición y disgusto de la tropa acantonada en el Real.

Pedro de Vera operó desde un principio rigurosamente con los descontentos y no dudó en engañar reiteradamente a los canarios aliados, remitiéndolos como esclavos a Sevilla en cierta ocasión. Fue siempre juzgado muy duramente por los historiadores, pero en su descargo debe contarse que hizo cuanto pudo por la conquista de Gran Canaria, rematándola con éxito.

Después de una dolorosa derrota en Bañaderos, Pedro de Vera, con un buen contingente de tropas de a pié y a caballo, avanzó por Tamaraceite y Tenoya, en dirección a Arucas por donde, según repetidos avisos recibidos, andaba el caudillo Doramas reunido con lo más florido del ejército isleño.

En los campos aruquenses, frente a frente los dos ejércitos, Doramas retó en singular combate al más va-

liente de los castellanos, proponiendo que del bando que fuese aquel que venciera, sería la batalla. Juan de Hoces se enfrentó, a caballo, con el jefe indígena y murió con el corazón atravesado por certera amodaga. Consumado aquel acto, la pelea se generalizó. Pedro de Vera buscó ansioso a Doramas pensando en darle muerte, cortarle la cabeza y llevarla para colgarla como trofeo y escarmiento en lo alto de las almenas del Real.

Doramas, entre los suyos, luchaba bravamente como era su estilo y un reguero de muerte anunciaba su avance. Pero eran muchos castellanos a atacarlo y alguien logró darle una lanzada en una de su poderosas piernas, momento que aprovechó Pedro de Vera para traspasarle con la pica el noble pecho. Cayó el coloso canario profiriendo el gran grito de que no era Vera quien lo mataba sino el traidor que le atacó por la espalda.

Abatido Doramas, los canarios cesaron en la pelea y muchos abandonaron el campo dando alaridos; otros depusieron las armas para, llorando, acompañar en sus últimos momentos a su caudillo.

En unas improvisadas parihuelas fue transportado Doramas con dirección al Real de Las Palmas; pero su vida se extinguía y con suspiros agónicos pidió agua. Agua que se le suministró al mismo tiempo que era bautizado, siendo su padrino el mismo Vera, impresionado por la forma en que se había decidido la batalla a favor de Castilla.

De la Historia de Canarias

En la cuesta de Arucas con el nombre de la patria, a la que se había entregado totalmente, en los labios, murió Doramas. Y allí mismo fue enterrado, rodeada su tumba por un muro de piedras y colocada encima una rústica cruz.

La batalla de Arucas fue uno de los más demoledores golpes, sobre todo en lo moral, asestado a la libertad secular de los habitantes de Gran Canaria. Aquel día, logrando la victoria, las armas castellanas dejaron sentadas las bases de su supremacía.



*PRISION Y BAUTISMO
DEL GUANARTEME
TENESOR SEMIDAN*

Después del triunfo de Arucas, Pedro de Vera, recorriendo la costa del Norte de la isla, decidió edificar una torre por Agaete que sirviese de fortaleza estable para la guarnición de aquellas zonas. Puso al frente de ella a Alonso Fernández de Lugo, notable capitán andaluz, de ascendencia gallega.

Hubo a continuación destacadas batallas contra los canarios, tales como la desarrollada en Tirajana, de donde salieron malparadas las huestes castellanas, aunque llevando consigo una buena punta de ganado.

Entre tanto, Juan Rejón logró en Castilla normalizar su situación, quedando libre de todas las acusaciones que se le habían hecho y asimismo obtuvo autorización real para conquistar la isla de La Palma.

De retorno al archipiélago, intentó desembarcar en Gran Canaria mas le disuadieron de tal idea.

En la Gomera, aún siendo enemigo acérrimo de los Herrera Peraza, bajó a tierra y murió de un lanzazo a manos de esbirros del Señor de la isla, Hernán Peraza *el Joven*. Aquella muerte fue sonada y los Reyes de Castilla decidieron castigar al responsable, obligándole a casarse con la hermosa Beatriz de Bobadilla, se-

ñora de armas tomar según la tradición y no grata en los reales alcázares. También Hernán Peraza hubo de indemnizar a la viuda e hijos de Rejón y se vió obligado a acudir con gente armada en ayuda de Pedro de Vera para la conquista de la Gran Canaria, pasando así con un contingente de gomeros a engrosar las tropas castellananas como compañero de Fernández de Lugo.

Estos dos capitanes comandaron las partidas que primeramente mataron a varios canarios e hicieron presa de ganados por los altos de Artenara y luego, habiendo recibido una confidencia, acudieron a Gáldar y allí tomaron como prisionero, sin hallar oposición, al Guanarteme regente Tenesor Semidan, así como a algunos nobles canarios y sus hijos y mujeres; y al Guayre de Telde, Maninidra.

Tenesor Semidan y Maninidra fueron de inmediato enviados a Castilla. Los Reyes acogieron muy bien a aquellos notables isleños, reteniéndolos algún tiempo con ellos y bautizándolos, siendo padrinos de Tenesor que desde entonces se llamó Fernando Guanarteme y fue aliado fiel de los castellananos.

Con el capitán Miguel de Mujica, que en sus tierras vascas acababa de hacer una buena recluta de hombres, así como con tres compañías andaluzas de la recién fundada Santa Hermandad, regresó a la Gran Canaria Fernando Guanarteme, dispuesto a ayudar a Pedro de Vera en sus propósitos de dominar la isla. Los Reyes de Castilla le concedieron como feudo su natal ubérrimo valle de Guayedra.

BATALLAS DE BENTAYGA, CENDRO, FATAGA Y TASARTE

A pesar de su juventud, el príncipe Tazartico hijo del último Guanarteme de Telde, faltando Tenesor Semidan de la isla, fue proclamado como soberano de los canarios, bajo la guía del indómito Guayre Tasarte. A él y a sus antiguos súbditos se dirigió en cierta ocasión Fernando Guanarteme en Gáldar, en un intento de convencerlos de que el poderío castellano era mucho, e inútil la resistencia a los designios de los Reyes Católicos. No tuvo éxito allí la oratoria del converso, porque sus independientes paisanos solo le contestaron que volviese con ellos, que todavía Tamaran existía,... *que la viese sobre los roques que los rodeaban.*

Fue famoso el cerco a la fortaleza natural del Bentayga, en donde los canarios dieron muestras de un heroísmo sin límites y los atacantes hubieron de retirarse al fin, derrotados. En cambio, en la batalla de Cendro, desarrollada por tierras de Telde, las fuerzas indígenas sufrieron grandes pérdidas.

Los canarios comprendían pesarosos que el poderío del invasor era cada vez más arrollador y que, tal cual les vaticinaba en todo momento oportuno Fernando Guanarteme, la independencia de la isla se tambaleaba alarmantemente. Terminaron los naturales

abandonando las costas, los fértiles valles y barrancos de las medianías que habían sido sus posesiones de siglos y se refugiaron en los altos de las montañas, lugares prácticamente inaccesibles.

En las escabrosas zonas de Tamadaba, unas mujeres se despeñaron, al igual que años atrás lo hicieran otras por tierras de Agumastel, buscando la muerte antes que caer en manos de los castellanos. El lugar siniestro se conoció a partir de entonces como el Risco de las mujeres.

Reuniendo numerosos efectivos, Pedro de Vera se adentró hasta Fataga y allí cobró numeroso ganado y provisiones de grano y frutas, desalojando la zona de canarios.

Luego, sabiendo a los indomables nativos fortificados en los riscos de Tasarte, con dos navíos cargados de gente rodeó la isla por el Sur hasta la desembocadura del barranco del mismo nombre, en las cercanías de Mogán; y con la numerosa tropa atacó aquellos agrestes fuertes. La defensa canaria fue épica y por arriesgarse demasiado los conquistadores, entre aludes de piedras enormes y troncos de palmeras y otros árboles, muchos perecieron, entre ellos el valeroso capitán Miguel de Mujica. De nada valieron en aquella ocasión las llamadas a la sumisión del emocionado ex-guanarteme Tenesor. Derrotados, los castellanos retrocedieron a las naves que los habían transportado y fueron a dar al Puerto de Sardina de Gáldar, llegando

hasta el pie de picuda, sagrada montaña, la corte de los Guanartemes. Allí se dio cristiana sepultura a los numerosos muertos y se bendijo un terreno donde posteriormente erigir una iglesia bajo la advocación de Santiago Matamoros.



EL FIN DE LA CONQUISTA DE LA GRAN CANARIA

Ya iba para tres años que Pedro de Vera arribara a la Gran Canaria dispuesto a llevar a cabo su definitiva conquista. Y creyó llegado el momento de hacer la decisiva tentativa.

Tenía a sus órdenes más de un millar de buenos soldados bien pertrechados, unos ciento cincuenta caballos, navíos y provisiones en abundancia.

El 8 de abril de 1483, según especificaron algunos cronistas, salió Pedro de Vera del Real al frente de sus hombres, con el ánimo decidido a todo. En Ansite, punto geográfico ampliamente discutido por historiadores y comentaristas, que algunos sitúan «entre Gáldar y Tirajana» y otros, «por las partes de Tirajana», se encontraba reunida la mayoría del pueblo canario aún sin sojuzgar; unos seiscientos hombres y mil quinientas mujeres y niños, según los mismos cronistas. El de Vera, acompañado del obispo don Juan de Frías, llegado recientemente de su diócesis lanzaroteña, al frente de la nutrida tropa, llegó a la fragosa comarca, rodeando a los isleños.

Tazartico, que se disponía a casarse con su prima Guayarmina de Gáldar, aconsejado por el Faycán de

Telde dirigía la resistencia desesperada de aquellos últimos canarios independientes.

↳ Fernando Guanarteme conmovió a sus antiguos súbditos y logró por fin el gran consuelo de convencerlos de la inutilidad de sus esfuerzos. Los canarios decidieron, después de largas deliberaciones, entregarse en bloque a la liberalidad de Castilla, libres y no oprimidos. (Tazartico,) luego llamado *Benthejuí* (*El que se riscó*) y el Faycán Faya, ante aquella decisión colectiva de no seguir la resistencia por más tiempo, fundiéndose en un abrazo se tiraron de los más altos riscos, con el ritual grito de ¡*Atis Tirma!* en los labios. Con la muerte del joven héroe y pasada ya Guayarmina a las filas castellanas, la última tentativa de reunir bajo un cetro a la diezmada nación indígena se esfumaba.

(El día 29 de abril de 1483 tuvo lugar,) según los cronistas, la entrega oficial (del pueblo canario a la magnanimidad de Castilla,) Hubo algunas partidas que no se entregaron, viviendo en continua rebeldía por los más recónditos rincones de la isla, pero sin ofrecer ya pelea abierta o importante.

Frente al Real de Las Palmas, por los llanos ocupados hoy con el Ayuntamiento y Santo Domingo, realizóse la ceremonia de entregar a Pedro de Vera a la última soberana rebelde, la joven princesa Mesequera de Telde, ante canarios y castellanos reunidos y mientras Alonso Jaimez de Sotomayor ondeaba el pendón de la Conquista al grito de ¡*Canaria, Canaria, Cana-*

De la Historia de Canarias

ria por los muy nobles reyes Isabel de Castilla y Fernando de Aragón!

Tal día, Gran Canaria pasaba a ser una de las joyas más refulgentes de la Corona de Castilla.



INSURRECCIONES EN LA GOMERA

Después de muchos años de contínuas peleas, tanto en las entradas que se hacían por la cercana costa de Berbería, en donde se edificó una torre de defensa y fortaleza llamada el Castillo de Santa Cruz de Mar Pequeña, como contra otros conquistadores y aún sus propios deudos, murió Diego García de Herrera en Lanzarote el año 1485.

Las islas de señorío quedaron divididas entre dos de los hijos del conquistador sevillano. Lanzarote y Fuerteventura con los islotes Alegranza, Graciosa, Lobos y Santa Clara, bajo la regencia de la viuda doña Inés y la soberanía de Sancho Herrera; y la Gomera y el Hierro en el recién creado mayorazgo al frente del que se puso a Hernán Peraza.

Los gomeros no aceptaban con agrado a su nuevo dueño, ellos que durante muchos años estuvieron subvencionados por los intrigantes mandatarios del Príncipe de Portugal. El esposo de doña Beatriz de Bobadilla abusó en la cobranza de impuestos con derechos del más marcado feudalismo. Los isleños gomeros se sublevaron al fin y se alzaron en armas, sitiando en la torre a los castellanos. Pudo acudir en su defensa Pedro de Vera desde la Gran Canaria y sofocó prestamente

la revuelta con ejemplares castigos, el más pequeño de los cuales no fue el hacer gran cantidad de cautivos para venderlos como esclavos.

Mas cuando el General volvió a su isla, los gomeros continuaron en su alzamiento y aprovechando que su impuesto señor visitaba a la bella indígena Iballa, de la que se dice estaba enamorado, lo mataron.

Clamó doña Beatriz y tornó Pedro de Vera que aún extremó la cantidad y magnitud de su castigo, dejando a la Gomera anegada en sangre y dando órdenes de matar o deportar a los gomeros que vivían en el Real de Las Palmas. Fue tanto su rigor, el descontento creado por su parcialidad y marcado favoritismo a la hora de repartir las tierras en Gran Canaria, llegando a insolentarse con el obispo cuando aquél lo reprendió, que las quejas llegaron al trono de Castilla. Pedro de Vera fue depuesto de su mando en la isla y pasó a pelear, bravamente, eso sí, en la guerra contra el moro de Granada. Le sustituyó como Gobernador, Francisco Maldonado, quien, en asociación con Pedro Fernández de Saavedra, personaje importante en Fuerteventura y con dos navíos cargados de tropa armada desembarcaron en Tenerife, por Añaza, pero fueron firmemente rechazados por los guanches.

La viuda doña Beatriz de Bobadilla, cuya belleza corría parejas con su audacia, hizo prisionero en cierta ocasión a Fernando de Vera, hijo del conquistador, el cual huyendo de la corte de donde estaba proscrito por

delito de escribir acervas críticas de sus reyes, buscara refugio en la Gomera. La castellana lo llevó prisionero a Castilla intentando cobrar así la recompensa que se ofrecía por su captura. Mas al detenerse en la Madeira, los portugueses le arrebataron la presa y hubo de volverse a su feudo gomero con las manos vacías.



EL PASO DE CRISTOBAL COLON POR LAS CANARIAS

En los primeros días del mes de agosto de 1492, tres pequeñas embarcaciones surcaban las aguas del archipiélago canario.

Eran la nao *Santa María* y las carabelas *La Niña* y *La Pinta*, con las que Cristóbal Colón el genial navegante, iba a abrir nuevas rutas para Castilla a través del ignoto océano Atlántico.

La Pinta traía roto el gobernalle del timón y una grieta mal reparada en el viejo casco, por lo cual aquella exigua flotilla de audaces argonautas hubo de variar el rumbo un tanto y hacer alto en el viaje. La carabela averiada fue reparada en Gran Canaria y, así mismo, se cambió la vela latina de *La Niña* por una redonda, más maniobrera. El timón se hizo con maderas de los bosques canarios, aportación inicial de las islas a la empresa. Colón estuvo en la Gomera del 12 al 24 de agosto, volviendo a partir, ya completa la expedición, desde Gran Canaria el 1 de septiembre, pasando aquella misma noche muy cerca de la isla Tenerife, de cuyo pico Teide vieron todos brotar grandes llamas que les causaron espanto y admiración. Haciendo nuevamente escala en la Gomera y después de proveerse de carne, agua y leña, partieron, Colón y los suyos, el:

día 6 de septiembre rumbo a lo desconocido; considerándose tal fecha y punto como los verdaderamente a contar para dar principio aquel viaje por el Mar Tenebroso, perdiendo de vista el día 9 a la isla del Hierro.

Una vez en el descubierto *Nuevo Mundo*, Colón, que anteriormente había navegado por las aguas de las Canarias, haciendo también entradas en las islas insumisas de Tenerife y La Palma, estableció comparaciones entre los canarios y aquellos *indios* que por primera vez veían, así como de los territorios que descubrirían.

Al segundo viaje realizado en 1493, Colón desembarcó en Gran Canaria y la Gomera, llevándose de ambas islas algunos nativos, semillas, plantas y animales..

En el tercer viaje tocó por la Gomera y el Hierro. Y durante el cuarto y último tomó tierra en Gran Canaria.

Las islas del archipiélago Afortunado, desde aquellas repetidas visitas de Cristóbal Colón, fueron continuo trampolín o punto de partida para todas las portentosas hazañas y descubrimientos llevados a cabo en aguas y tierras de más allá del Atlántico.

✕

LA CONQUISTA DE LA PALMA

Muerto Juan Rejón cuando iba a iniciar la conquista de la isla de La Palma, el andaluz Alonso Fernández de Lugo, que alcanzara grandes y buenas posesiones por la zona de Agaete en la Gran Canaria, solicitó y obtuvo de los Reyes Católicos licencia para la conquista definitiva de las dos islas canarias aún independientes.

Vendió todos sus bienes y, con ayudas económicas conseguidas en Sevilla, equipó dos navíos con gente reclutada para tal fin, víveres, armas y artillería. En las islas ya colonizadas se le unieron, para la aventura y azares de aquella tentativa, además de otros castellanos, canarios famosos como Maninidra y Autindana; al frente de tales milicias Fernando Guanarteme, el de Guayedra.

(Se decidió atacar primeramente a La Palma. Y el día 29 de septiembre de 1492) ancló Fernández de Lugo sus barcos en la bahía de Tazacorte, desembarcando la gente y alzando en aquellas tierras una ermita bajo la advocación de San Miguel.

◀ La isla estaba dividida en doce bandos o cantones

cada uno gobernado por un jefe o notable palmero) Los bandos eran: Aridane que comprendía el término de Tazacorte, Tihuya, Guchevey, Ahenguareme situado por la punta del actual Fuencaliente, Tigalate la comarca de Mazo y La Breña, Tedote en donde se estableció luego la capital de la isla, Tenagua, Adehayamen, Tagaragre, Galguen, Hiscaguam y Eceró que comprendía los terrenos de la Caldera de Taburiente.

Mayantigo, jefe del cantón de Aridane, aceptó prestamente las capitulaciones que habían sido preparadas para la isla palmera y cuyos apartados principales eran: Paz permanente entre los castellanos y los nativos; reconocimiento de los jefes de tribu como súbditos de los Reyes de Castilla al igual que los demás isleños, conservando aquéllos su dignidad de gobernadores; obligación de bautizarse en la fé católica y reconocimiento de los palmeros como castellanos con los mismos derechos y obligaciones que cualquier otro servidor de la Corona.

(Años atras, una ex-cautiva isleña que estuviera en Gran Canaria, fue bautizada con el nombre de Francisca Palmera y, a su vuelta a La Palma, negoció con varios de los jefes de los cantones una visita colectiva al gobernador Maldonado en el Real de Las Palmas;) allí, según refieren algunos cronistas, se bautizaron aquellos isleños y entablaron conversaciones preliminares para la posible entrega de la isla a Castilla.)

De la Historia de Canarias

Así fue que Mayantigo de Aridane, Echedey de Tihuya, Tamanca de Guehevey y Echentive y Azucuahé de Ahenguareme se entregaron pacíficamente con sus pueblos a Alonso Fernández de Lugo.

En la zona Este de la isla, más atacada por los hereñes y gomeros en razzías para conseguir cautivos y ganados, los nativos ofrecieron resistencia a las tropas castellanas, pero terminaron capitulando al igual que los cantones del Norte y Oeste de la isla. Y a finales de aquel mismo año solo el territorio abrupto de la Caldera de Taburiente quedaba sin entregarse, en indómito gesto.



ALGUNOS PALMEROS CELEBRES EN EPOCAS DE LA CONQUISTA

Entre los palmeros famosos del tiempo de la conquista de la isla, se contaba Mayantigo, cuyo nombre quería decir *Pedazo de cielo*, debido a su buen carácter y nobleza de actos. También le llamaban de sobrenombre Aganeyé, *Brazo cortado*, pues era manco. En cierta ocasión en que, como comunmente solía suceder, luchaba Mayantigo con su gente contra el señor de Ahenguareme y los suyos, le atravesaron de una lanzada el brazo izquierdo y como la enorme herida hacía que el daño se extendiese, el mismo Mayantigo, con prestancia de ánimo, se tronchó el brazo por el codo.

Tanausu era el hombre más famoso de la isla y a él acudían con alianzas los demás señores de cantones, pues generalmente peleaban entre sí. Hubo grandes luchas entre el señor de Eceró y su poderoso tío Atogmatona que era el dueño de Hiscaguan y Tijarafe, la zona más extensa y poblada de la isla.

A Atogmatona le secundaban varios bandos y los otros restantes a Tanausu, hallándose así muchas veces toda Benahoare en guerra, una parte frente a otra y sucediéndose descalabros y muertes; hasta que se consiguieron perdurables paces, mediante el casamiento de

una hija del viejo Atomatona con Mayantigo, aliado y amigo de Tanausu.

Otro palmero, también manco, pero éste de nacimiento, fue renombrado por sus hercúleas fuerzas: el jefe Echentive, el cual en cierta entrada que los pirata herreños hicieron, a pesar de su manquedad, luchó tan bravamente para librarse de los numerosos enemigos que por sorpresa le atacaran, que logró verse libre escapando a avisar a sus paisanos de la invasión. Fue en aquella ocasión cuando uno de los atacantes, llamado Jacomar, quiso apoderarse de una hermosa isleña. mas aquella. con gran ánimo, luchó tan bien que su acosador hubo de acuchillarla repetidamente para huir de su furia. Posteriormente, en una de aquellas treguas que para comerciar establecían de cuando en cuando los herreños y gomeros ya colonizados, con los palmeros Jacomar contaba su pasada aventura a Garehagua señor del territorio de Tigalate, sin suponer que aquel oyente era hermano de la infortunada víctima del invasor pirata y comerciante. Garehagua, rugiendo, no bien acabó Jacomar de contar su hazaña, se lanzó sobre él y le atravesó el corazón con un cuerno de cabra cobrando así venganza por la muerte de su hermana



LA COMARCA DE ECERO
Y SU INDOMITO JEFE,
EL PRINCIPE TANAUSU

El cantón o término de Eceró, cuyo nombre, en lenguaje benahoarita significaba *Lugar fuerte*, era el más inexpugnable de la isla, pues estaba contenido en la imponente Caldera de Taburiente y solo dos pasos, a cada cual más difícil, daban acceso a su fértil interior: el desfiladero de Adamacansis y el río Axerjo que recorría un profundo y fragoso barranco.

Tanausu, el más renombrado príncipe palmero en aquella hora decisiva para la independencia de la isla, se atrincheró en sus posesiones, negando, rotundo, acatamiento o tratos con las invasoras huestes castellanas.

En la primavera del año de gracia de 1493, Alonso Fernández de Lugo aprestó a su gente para tomar la irreductible Caldera.

El paso del Axerjo era practicamente insalvable para los castellanos, que solo conocían de él lo rugiente y rápido de sus frías aguas; y el desfiladero de Adamacansis estaba perfectamente guarnecido por los hombres de Tanausu, de tal forma que resultaba también imposible salvarlo.

De la Historia de Canarias

Los indígenas ya aliados de Lugo fueron sus más eficaces colaboradores pasando a él, a sus oficiales a la mayoría de la tropa a hombros sobre las aguas de Axerjo, en inverosímiles piruetas, venciendo así, por fin, aquel obstáculo de la entrada al fortificado paraje.

Entonces Tanausu, conociendo la traición de sus paisanos, ordenó a las mujeres, los ancianos y los niños que subiesen a unas cuevas de la zona más alta de la isla para mejor protegerse mientras los hombres luchaban por su libertad. En aquellas alturas, los grandes fríos nocturnos mataron a la expedición de refugiados en pleno y desde entonces se llamó aquel alto Aisouragan, que quería decir: *El lugar en donde se helaron las gentes.*

A pesar de haber forzado el paso del Axerjo, los aguerridos hombres de Tanausu acosaban de tal forma y desde todos los puntos imaginables a los invasores que, Lugo, viendo mermada su gente, hubo de retroceder fuera de tan mortal comarca.

Entonces decidió el castellano obrar por la vía de la negociación amparada en la astucia. Entre los intereses había uno, ya bautizado, pariente de Tanausu a él envió Alonso Fernández de Lugo para que conviniese a su familiar de lo inútil de su resistencia, conminándole a capitular como habían hecho los jefes de los demás territorios ya conquistados y pacificados, insistiendo en los puntos del tratado a efectuarse que hablaban de libertad y usufructo del territorio solicitando

tan solo del caudillo isleño, el bautismo y el acatamiento a la soberanía de los Reyes Católicos.

La contestación de Tanausu, que veía acongojado como su gente iba cayendo al empuje del poderío de los invasores, fue tajante y honrosa. Se avenía por fin a las negociaciones, siempre que aquéllas se realizasen a campo abierto y fuera de su independiente territorio.

Lugo accedió, retirando a su gente de Eceró, mas, por la noche, en astuta previsión, emboscó un cuerpo de infantes en el boscoso paraje que había de atravesar el jefe palmero y sus hombres para llegar a los llanos de Aridane, en donde se acampaba.

¡Tanausu confió en el pregonado honor del conquistador y ahogando en su pecho la amargura de la derrota, descendió de Eceró al frente del total de sus ya mermadas fuerzas.) Su amigo y consejero Ugranfir recelaba alguna artimaña y así intentó hacerlo saber al príncipe. Y no era infundadas sus sospechas, pues el cuerpo isleño fue repentinamente atacado por todas partes, acudiendo Lugo con el resto de la tropa a la refriega y pereciendo en poco tiempo muchos de los seguidores de Tanausu, cayendo los demás heridos o prisioneros, entre los cuales se contaba el encolerizado léroe.

(Fernández de Lugo no practicó con aquel pundoroso caudillo isleño los puntos que prometía de sus capitulaciones y tratados.) Lo tomó como prisionero y

De la Historia de Canarias

cargado de cadenas lo envió a Castilla como prueba fehaciente de la definitiva conquista de la isla.

(Y Tanausu, abrumado, lleno de pena y melancolía por el ocaso de su raza y libertad de siglos de Benahoaré, se dejó morir voluntariamente durante el viaje a la Corte con aquella ritual frase de resignación y fatalismo en los labios: ¡*Vacaguaré!*)

(Con estos sucesos se terminó de conquistar la isla de La Palma el día 3 de mayo de 1493. La corona castellana ya tenía engarzada otra refulgente joya.)



LA INSUMISA TENERIFE

4 Con cerca de treinta navíos, mil quinientos hombres y doscientos caballos, todos bien pertrechados, llegó Alonso Fernández de Lugo a Tenerife en los primeros días del mes de mayo de 1494.

En un lugar cercano al Bufadero del célebre tratado y a las ruinas del fuerte de Añaza, el conquistador clavó en el pedregoso suelo una gran cruz, como símbolo de nueva y definitiva toma de posesión de la isla. Allí se alzaría años más tarde, en el seno de acogedora bahía, la ciudad de Santa Cruz.

(La isla que los guanches, sus habitantes, denominaban Achinech, había estado en el pasado gobernada por un solo Mencey; el Gran Tinerfe, según afirmó algún cronista, quien al morir dejó dividido el reino en nueve distritos que eran los de Abona, Adeje, Daute, Icod, Tacoronte, Tegueste, Anaga, Güimar y Taoro. Y aún había una especie de submenceyato: el de la Punta del Hidalgo Pobre, regido por Zebensuf, descendiente bastardo del Gran Tinerfe.)

Cuando la llegada de Fernández de Lugo, los guanches del término de Anaga intentaron impedir el desembarco pero fueron rechazados. Fernando Guarteme, el de la Gran Canaria, eficaz aliado e interés

De la Historia de Canarias

prete del conquistador, pactó negociaciones con el Mencey de allí, quién impresionado ante el poderío ostentado por los recién llegados, prometió, si no alianza mantenerse al menos al márgen de lo que aquéllos hiciesen en la isla. Promesa que más tarde no pudo cumplir.

Se iniciaron incursiones hacia el interior de la fértil isla por Aguere (hoy La Laguna) y Teogueste, apresando algunos ganados y alertando todavía más a los nativos.

Ya establecido campamento fijo y fortificado, Fernández de Lugo se adentró, con casi todo su poderoso ejército, hasta el centro de la isla. Y en los llanos existentes entre La Laguna y Tacoronte, divisó a las fuerzas armadas guanches que acudían con el Quebeí Bencomo al frente para saber a que atenerse respecto a la invasión.

Los dos ejércitos no se atacaron al enfrentarse; se contemplaron mutuamente con suspicacia mientras intérpretes de Lugo dialogaban con Bencomo y su famoso hermano Tinguaro, proponiendo aquéllos el pacto ya habitual en las islas.

Bencomo dio como respuesta a aquellas proposiciones que: En lo de formalizar amistades estaban de acuerdo; en cuanto a bautizarse, no podían hacerlo e tanto desconociesen la religión que se les ofrecía; y en relación a acatamientos a la Corona de Castilla, ello

nunca aceptarían a otros hombres u organismos que los gobernasen.

A pesar de esta negativa, los dos ejércitos retrocedieron sin atacarse; el uno a la Orotava y el otro a Santa Cruz.

Los guanches realizaron a continuación reuniones y consejos, buscando el formar una alianza o confederación entre todos los Menceyatos en que estaba dividida Achinech; mas no pudo llegarse a un acuerdo general y Daute, Icod, Abona y Adeje rechazaron aquella unión por temor a que Bencomo de Taoro, ya poderoso jefe, se alzase con toda la isla, proclamándose soberano de ella. Tegueste, Tacoronte, Anaga y la Punta del Hidalgo Pobre juntaron sus hombres a los de Taoro, dispuestos a rechazar cualquier intento de invasión por parte de los extranjeros.

Güimar, tal vez influenciado por la estancia en su término de la milagrera Virgen de Candelaria, se alió a Fernández de Lugo desde un primer momento, facilitándole reiteradamente abundantes productos del país.



*UNA BATALLA MEMORABLE
CON DESTACADO
TRIUNFO GUANCHE*

Alonso Fernández de Lugo poco avanzaba en sus intentos de dominar a la irreductible Achinech. Según varios cronistas comunicaron, durante algunos meses no consiguió el ejército castellano más que realizar algunas cuatrerías de ganado, apoderándose también de forraje para el mismo y afirmando la alianza establecida con la gente de Güimar.

En la primavera del año 1495, después de un crudo invierno, las tropas castellanas se adentraron hasta La Laguna y vegas de Agüere, estableciendo allí un nuevo campamento. Y Alonso Fernández de Lugo y sus capitanes decidieron atacar a los, aparentemente, confiados guanches en los terrenos de Taoro, atravesando para ello y sin apenas ser molestados, Los Rodeos Tacoronte, en dirección al incomparable valle de Arautupala que era La Orotava.

En Los Rodeos, guerreros de Tegueste y Anaga dejaron pasar a los invasores sin incordiarlos para, posteriormente, cerrarles el paso.

Cuando la columna de hombres armados arreaba una buena punta de ganado apresado, teniendo ya

la vista el deseado valle presidido por la impresionante mole del nevado pico Teide, fue atacada repentinamente por una ingente cantidad de isleños que estaban perfectamente precavidos, emboscados.

Tinguaro, seguido de más de seiscientos hombres, deslizándose por montes, bosques y riscos, corriera a apostarse sobre el barranco de Acentejo. Cada árbol, cada roca y cada cueva escondía a uno o varios guanches que aguardaban órdenes para atacar a aquellos que avanzaban confiados, capturando el ganado dejado como cebo.

Fernández de Lugo parecía recelar algo, no obstante, de tan idílica soledad y así lo exteriorizó a sus capitanes, decidiendo regresar a los cuarteles con lo apresado una vez terminasen de recorrer aquel angosto paso que daba al valle dejando para otra ocasión el proyecto de atravesar de parte a parte la picuda isla.

En aquel momento hicieron acto de presencia los guanches, gritando, silbando y saltando enfurecidos sobre la desprevenida tropa.

La pelea fue sangrienta y las bajas castellanas inmediatas y numerosas en aquella hora de desconcierto. Y dio comienzo prontamente la desesperada huída de quienes no caían bajo la ira desatada de los isleños. Fernández de Lugo y algunos de sus capitanes animaban a gritos a la tropa, lanzando denuestos y maldiciones. E incluso blasfemias dijo uno de ellos, lo cual pagó con la inmediata muerte. El mismo General fue

herido de una pedrada en la cara y salvó la vida merced a un cambio de capa realizado momentos antes de la refriega; y mal lo hubiese pasado allí si no le auxiliasen gentes nativas, de las aliadas de Güimar. Muchos castellanos perecieron en aquella premeditada encerrona de Acentejo, y los que no cayeron heridos como prisioneros huyeron como pudieron, a la desbandada por los montes de La Esperanza, Tacoronte y La Laguna hasta hallarse a cubierto en el campamento de Santa Cruz.

(Bencomo, que dirigiera desde lejos la batalla, llegó con más de tres mil hombres de refresco dando fin rápidamente a la sangrienta operación guerrera que ya duraba varias horas.)

La matanza entre los castellanos fue enorme, a pesar de los rasgos de valor desplegados por algunos puñados de hombres, como aquellos que, defendiéndose bravamente, se alojaron en una cueva, en donde hubiesen perecido a no ser que Bencomo, admirado de su audacia, les prometió respetar su vida si deponían las armas, cosa que hicieron al fin, siendo después de la pelea, conducidos con escolta hasta las murallas de Santa Cruz. Otros grupos de castellanos y canarios se salvaron llegando a la costa y encaramándose a unas aisladas rocas, de donde fueron rescatados tras muchas horas de frío, hambre y sed, por un navío que acudió sabedor de su triste situación.

Otros castellanos fueron ajusticiados a pesar de

haberse subido a un alto roque desde donde con las ballestas causaban mortandad a sus enemigos, quienes, no pudiendo desalojarlos de otra forma de su segura posición, escarbaron la base del risco hasta derribarlo.

(Murieron aquel aciago día en Tenerife más de quinientos castellanos y unos trescientos indígenas de la Gran Canaria, constituyendo el mayor desastre sufrido por las tropas de Castilla en la ya prolongada conquista de las islas.)

3

LA BATALLA DE LA LAGUNA

La gente de Güimar, haciendo honor a la alianza pactada, socorrió con provisiones a los descalabrados castellanos que se refugiaron en el campamento de Santa Cruz.

El Mencey de Anaga, por el contrario, habiendo roto la promesa hecha a Fernández de Lugo cuando aquél desembarcara en la isla, después de hostigar la retirada de las tropas derrotadas, las atacó en su propio recinto defensivo, mas sus hombres fueron rechazados, y él mismo cayó muerto en un último vigoroso esfuerzo de los sitiados.

Fernández de Lugo, derrotado momentaneamente, decidió, después de algunas deliberaciones, abandonar Tenerife mas no así su conquista. Fue su idea acudir a Gran Canaria a reponerse de los auxilios necesarios y volver mejor prevenido a la conquista definitiva.

Así, el 8 de junio de 1495 llegaron al Puerto de las Isletas los navíos castellanos en franca derrota.

Durante los meses que siguieron, Alonso Fernández de Lugo se movió activamente recabando ayudas tanto de la Corona como de quienes anteriormente le socorrieran comercialmente y aún con nuevos socios entre los que se contó al duque de Medina Sidonia biznieto de aquel pretérito Conde de Niebla que había sido por algún tiempo Señor de Las Canarias.

Logró el general andaluz reunir una flota considerable, entre las naves que ya poseía y las aportadas en Gran Canaria, así como más armas, hombres y caballos; y en los primeros días de noviembre del mismo año surgió con todo ello ante las arrasadas murallas del campamento de Santa Cruz.

Casi de inmediato, conocedor ya de la isla y sus habitantes, encaminó Fernández de Lugo sus fuerzas hacia el deseado valle de Arautupala, dispuesto a no dejarse sorprender esta vez.

El Mencey Bencomo agrupó rápidamente a la gente de los ocho cantones que por fin se aliaron y con tan importante ejército acampó en las vegas de Agüere, enviando espías a reconocer las fuerzas del enemigo. Uno de los cuales, al ser sorprendido, confesó la posición del ejército isleño y sus efectivos.

El General, dejando a Fernando Guanarteme y las tropas auxiliares canarias como reserva en el campamento, ascendió La Cuesta con su gente durante la noche y al amanecer del día 13 de noviembre estaba en La Laguna, por terrenos en donde posteriormente se alzó una ermita bajo la advocación de San Cristóbal.

Los dos ejércitos se enfrentaron con ganas de pelea y la batalla fue cruenta, prolongada; manteniéndose incierto su resultado hasta que la llegada de las tropas canarias decidió el triunfo para Castilla.

Un famoso guanche, separándose del grueso de las fuerzas isleñas, con un buen contingente de agueridos hombres, se propuso acudir a atacar por sor-

presa la retaguardia castellana y aún las torres de Añaza y Santa Cruz, pero como la noche se les echase encima, retornó hacia Agüere, encontrándose a un grupo de enemigos que, magullados y sangrantes, regresaban a su campamento. El guanche, convencido de que aquellos eran los restos del destrozado ejército invasor, se abalanzó sobre ellos y, a poco, en la creciente oscuridad, consiguió reducir al grupo, atarlo de pies y manos y encerrarlo en unas cuevas cercanas, abandonándolo con reducida guardia. En los altos próximos a La Laguna, incrédulo, el jefe guanche advirtió la derrota de Bencomo y, enfurecido, atacó con los suyos la retaguardia de las tropas triunfadoras, siendo rechazado.

Los castellanos heridos y reducidos a prisión en las cuevas fueron liberados por compañeros que los hallaron en tan crítica situación.

En esta célebre batalla de La Laguna, se dijo que perecieron más de mil setecientos guanches contra unos cincuenta hombres del ejército invasor. El mismo Alonso Fernández de Lugo, al comentarlo, afirmaba que jamás había visto a sus tropas pelear con tanto valor ni había hallado en los isleños superior y feroz resistencia.

Se recuperaron banderas y armas caídas en poder del enemigo, en la descalabradura de Acentejo, y fue en general tan grande el revés sufrido por los guanches que aquel día pereció entre tantos el héroe Tinguaro y cayeron malheridos Bencomo de Taoro y el Mencey de Tacoronte.

BENCOMO Y TINGUARO Y LA MUERTE DE ESTE HEROE

Entre los muchos héroes guanches que al tiempo de la conquista recorrían la isla asombrando a sus habitantes con hazañas y diplomacias, destacaron los hermanos Bencomo y Tinguaro, descendientes directos de aquel famoso y mítico Tinerfe, dueño de toda Achinlech y fundador de la dinastía reinante.

(El uno por su poderío y astucia y el otro por su audacia y valor) han pasado a la posteridad a través de crónicas y leyendas.

(Bencomo fue el caudillo indiscutible de la resistencia que opuso la isla a ser conquistada por Fernández de Lugo y sus armas.)

El fue quién, en sagaz visión política, procuró reiteradamente tener reunidos en confederación a la mayoría de los distritos en que se dividía Tenerife.

Así mismo, en nombre de la nación tinerfeña, rechazó las propuestas de pactos y capitulaciones que hacía el General castellano y quién le declaró guerra abierta al conocer sus intenciones de dominio y posesión.

El Quebef Bencomo dirigió a las tropas isleñas en la victoria de Acentejo y también a las que se reti-

raron ampliamente derrotadas en La Laguna. Tras esta señalada batalla, con la pesadumbre de tantas muertes entre las que se contaba la de su hermano Tinguaro Bencomo, en unas parihuelas de herido, hubo de abandonar Taoro pues la inviolabilidad del hermoso valle de Arautupala peligraba; y acompañado de los Menceyes de Anaga, Tegueste, el descalabrado de Tacoronte y el bastardo Zebensui, con el resto de su diezmado ejército, ascendió a los altos de Tigaiga.

El famoso Achimencey Tinguaro, a quien algunos historiadores dieron también el nombre de Chimedía fue un héroe entre los héroes guanches, cantado posteriormente por poetas, merced asimismo a sus amores con la hermosa Guaxára, heredera de Beneharo, Mencey de Anaga. Al haber perdido temporalmente su suegro el juicio, Tinguaro ocupó su puesto con el beneplácito de los isleños que veían en él a un genuino representante de la raza.

Tinguaro fue el adalid vencedor de Acentejo, pues su coraje, valentía y dotes de estrategia coadyuvaron en aquella atroz matanza de castellanos atrapados en el fatídico barranco, por él precisamente elegido.

Relátase una anécdota acaecida en aquella ocasión, que refleja algo su singular forma de ser. Cuando Bencomo llegó con las tropas de refresco a Acentejo encontró a su hermano reposando a la sombra de copudos árboles en un altozano cercano, mientras los dos bandos peleaban fieramente en las escabrosidades de accidentado terreno. El Mencey de Taoro reconvino a Achimencey por aquéllo, mas él le respondió pronta-

nente que, una vez ejercido su oficio de dirigente y bravo capitán venciendo a sus enemigos, misión era de sus soldados ejercer de carniceros rematando a los caídos y recogiendo los frutos de la victoria que les había proporcionado.

(Tinguaro pereció en la batalla de La Laguna, en donde, como siempre, demostrara su arrojo. Pero cuando, malherido, subía por las faldas de un monte defendiéndose como podía de unos cuantos castellanos que a caballo lo acosaban, herido reiteradamente con una pica, ya moribundo, desfallecido, terminó clamando piedad: *¡Chucar guayoc archimencey reste Benchom sanec vander relac nazet zahañe!*, que quería decir: *¡No des muerte al hidalgo, que es hermano del rey Bencomo y se te rinde como cautivo!...* No se atendió a su postrera súplica y fue rematado a lanzazos, quedando muy desfigurado, tanto, que se le llegó a confundir con su hermano el Mencey de Taoro.

Se le cortó la cabeza y después de pasearla clavada en el extremo de una pica ante los soldados triunfantes, fue llevada a las llanuras de Guamazara por Tacoronte y posteriormente ante el mismo malherido Bencomo que, con harto dolor, solo pudo decir que envidiaba al héroe por haber muerto defendiendo la independencia de la patria.

Aquella cercenada cabeza, una vez mirrada, fue tenida en mucho por los guanches y venerada largamente en la cueva real en que descansaban, para la eternidad, los restos de los príncipes de Taoro.

ROMANCE DE UNA PRINCESA GUANCHE Y UN CAPITAN CASTELLANO

Dácil era una hermosa doncella, hija del más poderoso Mencey de Tenerife, el Quebeí Bencomo.

Un adivino, el famoso Guañaneme, le había hecho en cierta ocasión un vaticinio; que su virginal corazón quedaría prendido de amor por un extranjero llegado en el futuro, de más allá del mar que le rodeaba, en uno de aquellos blancos pájaros, leve navío visitantes ocasionales de las costas tinerfeñas.

Dácil solía acudir a los altos de Guazamara y a la fértil vega de Agüere, recreándose en el encanto que emanaba de aquella paradisíaca selva que rodeaba esa condida, fresca y límpida laguna. En una de tales excursiones, alcanzó a divisar un numeroso grupo de blancas lonas que llegaba por el mar, procedentes de donde salía el sol. Y su corazón latió más aprisa presagiando turbadores acontecimientos.

Días después, en medio de la fronda que rodeaba la fuente de cantarinas aguas en Agüere, a solas con sus sueños, fue descubierta por el apuesto capitán castellano Gonzalo del Castillo que, por orden de su jefe Fernández de Lugo, efectuaba un reconocimiento de aquellos lugares. Verse frente a frente los dos jóvenes y enamorarse mutuamente, todo fue uno. Pero estar

en bandos opuestos y sin poder llegar a exteriorizar, aunque fuese en diferente lenguaje, sus recién nacidos sentimientos, hubieron de separarse.

Durante muchos días y muchas noches iba a evocar la joven guanche, entre contenidos suspiros, aquel fugaz encuentro en la fuente de La Laguna. Y el capitán castellano tampoco lograría olvidar a aquella encantadora indígena que lo cautivó, nada más contemplarla entre la floresta.

González del Castillo cayó herido en la trágica pelea de Acentejo y cuando recobró el conocimiento, revocado entre el polvo y su propia sangre, se vio tan sólo rodeado de cadáveres. Apoyándose en la rota asta de una lanza, sin saber exactamente hacia donde dirigir sus pasos, el capitán abandonó el fatídico barranco y a poco divisó una partida de guanches que conducían prisionero a un grupo de castellanos y se disponían a acampar momentaneamente para comer; él se integró entre sus compañeros de armas que le notificaron se les había dicho, a través de intérpretes, iban a ser devueltos al campamento de Santa Cruz, como una prueba de la nobleza guanche. Del Castillo se quedó confundido con ellos pero los guardianes isleños, grandes calculadores de grupos de personas o rebaños de animales, notaron algo anormal y sin poder llegar a descubrir quien era el intruso, decidieron regresar hasta donde se hallaba su Mencey y que él obrara en consecuencia.

Ya en la corte de Bencomo, el capitán Castillo fue descubierto. Y no solo por los guerreros guanches sino

también por la gentil Dácil. Allí se dijeron los ojos lo que los labios no podían.

Bencomo, noble en su salvaje despotismo y generoso después del triunfo de sus armas sobre las invasoras, encontró ingenioso al ardid de aquel hombre para salvarse y le concedió la libertad lo mismo que a sus compañeros, regresando así, después de varios días al campamento de Santa Cruz, de donde saldrían a poco con los demás derrotados conquistadores rumbo a la Gran Canaria.

El incipiente romance entre la princesa guanche y el capitán castellano parecía que allí iba a truncarse apenas florecido, Mas, mientras ella soñaba en Achi nech, él se decidía en el Real de Las Palmas a regresar lo más pronto posible para tratar de conseguir el amor de aquella hermosa doncella.

De nuevo en tierras tinerfeñas los conquistadores castellanos, cuando ya el imperio del Gran Tinerfe tocaba a su fin y el ocaso de la raza guanche se aproximaba, Gonzalo del Castillo, tras haber sido un héroe más en la batalla de La Laguna, hacía arriesgadas entradas en territorio enemigo con el ardiente deseo de localizar a su amada.

En cierta ocasión, recorriendo los castellanos el estrecho paso de Las Peñuelas, tras haberse apropiado de un importante rebaño de ganado, como algunas partidas de isleños los hostigasen, Gonzalo del Castillo se adentró temerario entre ellos siendo derribado de su

aballo y golpeado y aunque, como últimamente venía ucediendo, salieron derrotados los guanches, se lo llevaron prisionero a su Mencey Tegueste, quien por mediación de su hijo Teguaco lo remitió a Bencomo para que éste decidiese sobre su vida.

Y de nuevo se encontraron en la corte de Taoro, Dácil y el capitán. Ella ya hablaba algo el castellano y al un poco la lengua guanche por lo que el idilio entre los dos se desarrolló pronto apasionante.

La princesa, aunque bien quisiera tener para siempre a su amado junto a sí, al advertir su nostalgia, incedió ante el Mencey su padre, que ya adivinara los sentimientos de ella para con el arrogante castellano.

Gonzalo del Castillo se vio de nuevo libre entre los suyos, agradecido hacia aquellas gentes que eran sus enemigos y que por dos veces le perdonaran noblemente la vida.

El romance entre Dácil y Gonzalo tuvo un final feliz, según las crónicas, porque cuando la isla capitulaba y Bencomo se entregaba con ella a Fernández de Lugo en el campamento de Realejo Alto, fue el capitán quien presentó al General a su futuro suegro y quien mayormente lo instó para bautizarse.

Dácil, bautizada con el nombre de Mencía, se casó con el castellano que la cautivara allá en la fuente de Aguere, cumpliéndose así plenamente la profecía de Guañaneme, el adivino.

LA PESTE QUE DIEZMO A LOS GUANCHES

CA raíz de la batalla de La Laguna, a finales de año 1495, una gran epidemia o peste maligna diezmo a los ya desmoralizados guanches y paralizó por completo sus actividades bélicas de resistencia al invasor. Esta epidemia que tan directamente ayudó al triunfo de las armas de Castilla, recibió el nombre de *modorra guanche*.) y hoy en día hay comentaristas que indican pudo haber sido un tifus exantemático, traído por los extranjeros ya naturalmente inmunizados, o un tabardillo, fiebres tifoideas o una endemia desgraciadamente recrudescida.

Dice un historiador que 'a causa de ella perecían más de cien isleños al día cuando mayor fue su virulencia y ello, con la pertinaz guerra que los castellanos les hacían, contribuyó a que su decaimiento de ánimo y melancolía fuesen tales que apenas salían de sus cuevas.)

Alguna vez, los isleños, desde altos riscos apostrofaban llorando y gritando a los invasores, diciéndole que se apoderasen ya de la isla pues con tanta muerte no iba a haber guanches para defenderla.

En ocasión en que realizaban los castellanos una de sus expediciones de exploración, entraron en una

ueva en donde un viejo isleño rodeado de pequeños
ietos se lamentaba sobre el cadáver de una mujer aca-
ada de morir a causa de la peste. El anciano les in-
ormó de la situación en Tejina de los Menceyes Te-
ueste y Zebensui, custodiando los últimos rebaños del
ustentador ganado que les quedaban.

Y fue cuando en el barranco de Las Peñuelas, des-
ués de haber capturado aquella flaca punta de cabras
r ovejas, los guanches, que se sintieron con desespe-
ados ánimos para ello, sorprendieron a la partida e
hicieron prisionero al capitán Gonzalo del Castillo, al
que posteriormente libertaron.

Cuando los victoriosos expedicionarios regresaron
a Santa Cruz y pasaron por la cueva del anciano indí-
gena confidente, encontraron a todos los pequeños bár-
aramente estrangulados y el abuelo con el vientre
atravesado por un dardo de tea. Al intérprete, que ho-
rorizado de la escena lo interrogó, respondió aquél,
que antes había querido dar muerte a todos sus des-
endientes y morir con ellos, que saberlos esclavos de
los invasores.

Con todos aquellos episodios, el final de la noble
raza guanche, de su ancestral y gozosa libertad, se iba
perfilando mientras los unos languidecían y las proezas
de los otros seguían aumentando.)

NUEVAS AYUDAS PARA LA CONQUISTA DE TENERIFE

Los continuos saqueos a las provisiones bien mer-
madas ya de los guanches, así como las cuatrерías rea-
lizadas para apropiarse de sus ganados, no eran sufi-
cientes para mantener en la abundancia al numeroso
ejército castellano, a pesar de que el único aliado isleño,
el Mencey de Güimar, lo socorría en cuanto le era po-
sible. Y el hambre se dejaba sentir por igual en los do-
bandos.

No obstante se sucedían las aventuras y valentías
de los castellanos que no se rendían ante estas necesi-
dades.

Una muestra de como obraban aquellas brava-
gentes fue la que llevaron a cabo doce caballeros, a
efectuar fructífera correría por los escondidos valles de
Anaga, Igueste y Taganana, haciendo una buena presa
de ganado. Cuando cruzaban el valle de San Andrés
fueron atacados por una numerosa partida isleña que,
sacudiéndose la apatía de su enfermedad, acudía a de-
fender sus intereses llevando al mando a Beneharo,
nuevamente Mencey, tras la trágica y llorada muerte
de su oponente y yerno, el Achimencey Tinguaro.

Los doce extranjeros no se arredraron ante el nú

ero de enemigos sino que por el contrario, se crecieron y uno de ellos, llamado Rodrigo de Barrios, después de formar todo compacto grupo de defensa, les desafió diciendo que se rindiesen, que ya habían hecho cuentas y sabían a cuantas de sus cabezas les tocaba por espada.

Los guanches, admirados de tamaña audacia, ante tan desafiante arenga, decidieron dejarlos pasar libremente, aunque no así al ganado que les robaran y que tanto necesitaban desde que, a causa de las guerras, no se podía sembrar o recoger frutos. Mas los castellanos querían pelea y lo consiguieron al abalanzarse arma en mano contra sus enemigos. Tal fue su furiosa acometida que hubieron los cercadores de retroceder, y el viejo tenehara, viéndose casi acorralado, se tiró de un alto risco antes de ser allí apresado.

El final de la aventura lo remató el soldado Lope de Fuentes, que sangraba abundantemente por una herida recibida durante la refriega; cuando uno de sus camaradas quiso vendarle el brazo, él lo rechazó y señalando el buen rebaño de cabras y ovejas capturado, dijo que no importaba que saliese la sangre que quiesiese, que allí llevaban, bien ganada, sustancia para él, y todos en el campamento de Santa Cruz, criasen otra pujante.

Alonso Fernández de Lugo solicitaba nuevas ayudas a sus patrocinadores y a la Gran Canaria, mas de la Península no llegaban y en la vecina isla, superpo-

De la Historia de Canarias

blada con guerreros conquistadores y colonizadores, la situación por aquellas fechas no era muy halagüeña. Quien ya fuera famoso soldado en la conquista de Gran Canaria, Lope Hernández de la Guerra, hombre de mucha nobleza de miras y ánimo, al decir de quienes de él escribieron, vendió en Agaete y Gáldar su cuantiosa hacienda y con lo cobrado acudió en ayuda de su señor el de Lugo, aportando buena cantidad de armas, harina y otras provisiones de guerra y boca.

Posteriormente, tras haber logrado algunas otras victorias sobre las tropas indígenas, recibió el General castellano mayores socorros como los que significaron algunos navíos con gente y caballos de refresco que enviaba para la aventura el duque de Medina Sidonia.



LA VICTORIA

Con las últimas ayudas recibidas, decidió Fernández de Lugo dar un nuevo y definitivo impulso a la Conquista, que ya ansiaba ver coronada.

(El 24 de diciembre del mismo año de 1495 avanzó el poderoso ejército castellano por tierras de Tacoronete, cruzando sin dificultad el trágico barranco de Acen-tejo y los riscos de La Matanza; acampando por fin en los comienzos del valle de La Orotava. Por algunos guanches apresados, se supo que Bencomo, al frente del menguado ejército que le quedaba, avanzaba, también decidido a atacar.)

(Esta vez fueron los castellanos los que tomaron la iniciativa y después de ocupar estratégicas posiciones, esperaron dispuestos al enemigo. Los dos ejércitos se embistieron con ardor y corrió la sangre abundante, pero pronto tomó la batalla marcado signo a favor de las tropas frescas y mejor alimentadas de Fernández de Lugo. Fue aquella una victoria aplastante sobre los guanches y desde entonces se conoce por La Victoria el lugar en que se llevó a efecto.)

Entre los numerosos isleños que allí perecieron aquel día, se contaba el príncipe Badañol, hermano del

De la Historia de Canarias

Mencey de Tacoronte que cayó, después de épica lucha a manos de Pedro Benítez de Lugo *El Tuerto*.

Con una táctica desconcertante, aunque quizá premeditada, Alonso Fernández de Lugo desdeñó la oportunidad que se le ofrecía de rematar más rápidamente a las ya mermadas fuerzas guanches, pues dio orden de retirada al campamento de La Laguna, cuando, si hubiese avanzado por la feraz, pero assolada, comarca podía haber llegado hasta Taoro sin encontrar apenas resistencia de quienes, al amargor de las últimas casi continuas derrotas, agregaban el hallarse completamente diezmados por la peste que aún no había remitido del todo.



**RENDICION DE LOS GUANCHES
Y FINAL DE LA CONQUISTA
DEL ARCHIPIELAGO CANARIO**

A finales de la primavera de 1496, el ejército invasor se desplazó completo del campamento fijo de Santa Cruz y recorriendo el monte de La Esperanza y el paso de Acentejo, entró una vez más en los dominios del Mencey de Taoro por el dilatado valle de La Orava; pero en aquella importante ocasión lo cruzó de parte a parte impunemente, maravillándose los castellanos de la frondosidad, hermosura y feracidad del incomparable territorio.

Tan solo se veían cadáveres, ya en descomposición muchos de ellos, algunos destrozados por los famélicos *canchas*, perros feroces y pequeños de la fauna isleña.

En las colinas de Taoro, por donde hasta hacía poco se asentara la corte del más poderoso Mencey, se erigió el nuevo campamento de Alonso Fernández de Lugo que se denominó Realejo Alto.

(Bencomo, con sus decaídas gentes, en resignado y pacífico avance, descendió desde los altos de Tigaiga hasta cerca de las tiendas castellanas y acampó en el lugar que luego se llamaría Realejo Bajo.)

✓ Aquel gran líder guanche, en patético lamento,

ante el ocaso de la raza que durante siglos de señorear libremente la salvaje Achinech parecía extinguirse, reunido con los suyos, hizo largas reflexiones, entendiéndose al General castellano y accediendo a acatar los diferentes apartados o imposiciones del célebre pacto. Sus postreros lamentos los relata un buen historiador canario: «Perdona, amada patria mía, si no puedo valerte contra los extranjeros que te van a tiranizar... Y vosotros, valerosos Menceyes y *sigoñes* esforzados, que con tanta gloria y pundonor habéis derramado vuestra sangre en servicio de la causa común, perdonad la resolución que toma un desdichado descendiente del Gran Tinerfe y llevar a bien que solicite paz con nuestros enemigos, el que ya no puede hacerles la guerra con frutos».

Y después de esta despedida a la libertad de Achinech, el Mencey se presentó con gran pompa ante el Real castellano para entregarse y entregar la isla a la liberalidad de Castilla.

Algunos historiadores niegan que tanto Bencomo como Bentor, que había de sucederle en el Menceyato llegaron a entregarse. Otros dicen que tras la entrega suya y de la agonizante nación guanche, este poderoso Quebeí se bautizó con el nombre de Cristóbal de Taorc y fue a la Corte de los Reyes Católicos y de allí aún pasó a Venecia, llamando la atención estuviese en donde estuviese, por su recia figura y singular personalidad.

Varios de los Menceyes que con Bencomo se entregaron, secundados por soldados castellanos y siguiendo instrucciones del General Fernández de Lugo, tuvieron de recorrer diversos lugares de Tenerife, en sus zonas más inaccesibles para que los isleños atrincherados en sus últimos reductos se entregasen pacíficamente, consiguiendo ésto unas veces y luchando para reducirlos otras, como sucedió en las sierras de la Punta del Hidalgo Pobre en donde, entre los prisioneros hechos, dice la leyenda y las crónicas que se reconoció a Guacimara, hija de Beneharo y a Ruiman, hijo de Bencomo, disfrazados de pastores y fugitivos amantes de veinte años atrás.

Cayeron los últimos bastiones rebeldes de Icod, Taute, Adeje y Abona, unos a manos del mismo Lugo y los otros por medio de una expedición marítima enviada al Puerto de Los Cristianos.

Y así sucedió que a principios de verano del año 1496 fue rematada la Epopeya de la Conquista de Canarias. El Archipiélago pasó a formar parte integrante de la Imperial Castilla y la sangre castellana se mezcló con la de la noble raza aborígen, de tal forma, que a poco ambas componían un solo pueblo común, igual en sus idearios al del resto de la nación.

BIBLIOGRAFIA DE PRINCIPALES AUTORES
Y OBRAS CONSULTADAS

ABREU GALINDO, Juan.—*Historia de la conquista de las siete islas de Gran Canaria.*

ALONSO, María Rosa.—*El poema de Viana.*

BERNALDEZ, Andrés, Cura de los Palacios.—*Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel* (cap. CXXXIV).

BERTHELOT, Sabin.—*Etnografía y Anales de la Conquista de las islas Canarias.*

BONTIER, Juan y Pedro LEVERRIER.—«*Le Canarien*». *Historia del primer descubrimiento y conquista de las Canarias, hecho en 1402 por Juan de Bethencourt.*

CASA DE COLON.—*Estudio de Anuarios Atlánticos* (del I al XIII inclusive). Publicación anual.

CASTILLO, Pedro Agustín del.—*Descripción histórica y geográfica de las islas Canarias.*

CHIL Y NARANJO, Gregorio.—*Estudios históricos climatológicos y patológicos de las islas Canarias*

ESPINOSA, Alonso de.—*Historia de Nuestra Señora de Candelaria.*

GARCIA VENERO, Maximiano.—*Canarias, región Atlántica.*

GOMEZ ESCUDERO, Pedro.—*Historia de la Conquista de Gran Canaria.*

HERNANDEZ BENITEZ, Pedro.—*Telde.*

- LA LAGUNA.—*Revista de Historia Canaria*. (Publicación anual).
- MARIN Y CUBAS, Tomás.—*Historia de las siete islas de Canaria*.
- MILLARES TORRES, Agustín.—*Historia general de las islas Canarias*.
- MUSEO CANARIO.—*El Museo Canario*. (Diferentes números de sus tres épocas).
- NAVARRO Y RUIZ, Carlos.—*Páginas históricas de Gran Canaria*.
- NUÑEZ DE LA PEÑA, Juan.—*Conquista y antigüedades de las Islas de la Gran Canaria y su descripción*.
- RUMEU DE ARMAS, Antonio.—*Piraterías y ataques navales contra las islas Canarias*.
- SEDEÑO, Antonio.—*Breve resumen e historia muy verdadera de la Conquista de Canaria*.
- SOSA, José de.—*Topografía de la Isla Fortunada Gran Canaria*.
- TORRIANI, Leonardo.—*Descripción e Historia del reino de las Canarias*.
- VALERA, Mosen Diego de.—*Crónica de los Reyes Católicos* (cap. XXXVII).
- VIANA, Antonio de.—*Antigüedades de las Islas Afortunadas*.
- VIERA Y CLAVIJO, José.—*Noticias de la Historia general de las Islas Canarias*.

I N D I C E

†	Posibles orígenes de las Canarias	Pág. 5
	Conocimientos de las Canarias en la anti- güedad	» 7
	Leyendas cristianas y árabes sobre las Ca- narias	» 10
	Lancelot de Maloisel	» 14
	Una expedición portuguesa	» 16
↵	Expediciones al archipiélago en el siglo XIV.	» 21
†	La raza que ocupaba el archipiélago	» 26
†	Una teoría sobre la llegada de los <i>guanches</i> a las Canarias	» 29
↓	Los aborígenes de la isla Canaria	» 32
	Los <i>majoreros</i> en Fuerteventura y <i>majos</i> en Lanzarote	» 39
†	Los <i>guanches</i> en Tenerife	» 43
	Los <i>benahoaritas</i> en La Palma	» 50
	Aborígenes de la Gomera y <i>bimbaches</i> en el Hierro	» 53
	Juan de Bethencourt en las islas Canarias	» 56
	Pedro. <i>el canario</i>	» 60

La conquista de Fuerteventura	Pág. 62
Batalla de Arguineguín y bautismo de la <i>Gran Canaria</i>	» 67
La conquista del Hierro	» 69
Maciot de Bethencourt y sus ventas de las islas	» 73
Bernán Peraza <i>El viejo</i> , en Canarias	» 76
Diego García de Herrera e Inés Peraza, se- ñores de las Canarias	» 80
Nuestra Señora de la Candelaria	» 83
Canarios prehispánicos célebres	» 86
Infructuosos intentos de conquista en Gran Canaria y Tenerife	» 91
Islas realengas e islas de señorío	» 95
El Real de Las Palmas y batalla del Gui- niguada	» 97
Pedro de Algaba, más batallas y desave- nencias en el Real	» 100
Llegada de Pedro de Vera y muerte de Doramas	» 105
Prisión y bautismo del Guanarteme Tenesor Semidan	» 108
Batallas de Bentayga, Cendro, Fataga y Tasarte	» 110

1
1
M

	Pag.
➤ El fin de la conquista de la Gran Canaria	1
Insurrecciones en la Gomera	» 1
El paso de Cristóbal Colón por las Canarias	» 1
La conquista de La Palma	» 1
Algunos palmeros célebres en épocas de la conquista	» 1
La comarca de Eceró y su indómito jefe, el príncipe Tanausú	» 1
La-insumisa Tenerife	» 1
➤ Una batalla memorable con destacado triun- fo <i>guanche</i>	» 1
La batalla de La Laguna	» 1
Bencomo y Tinguaro y la muerte de este héroe	» 1
Romance de una princesa <i>guanche</i> y un ca- pitán castellano	» 1
➤ La peste que diezmó a los <i>guanches</i>	» 14
Nuevas ayudas para la conquista de Tenerife	» 14
La Victoria	» 14
➤ Rendición de los <i>guanches</i> y final de la con- quista del archipiélago canario	» 15
Bibliografía de principales autores y obras consultadas	» 15

ULPGC.Biblioteca Universitaria



630183

BIG 964.9 PLA de